



Universidad
Zaragoza

Trabajo Fin de Máster Modalidad A2

Antología de literatura griega para 2º de
Bachillerato: una propuesta

Greek literature anthology for Baccalaureate's
second year: a proposal

Autor

Víctor Joaquín García Reyes

Director

Juan Carlos Ara Torralba

Facultad de Educación
2018

Índice

1. Introducción.....	5
2. Historia de la enseñanza del griego.....	6
a. La lengua griega.....	6
b. Época arcaica.....	7
c. Época clásica.....	9
d. Época helenística.....	10
e. Era imperial y Antigüedad tardía.....	10
f. Edad Media.....	12
g. Renacimiento.....	13
3. La enseñanza del griego en educación secundaria en los países de nuestro entorno	17
4. Historia de la enseñanza del griego en España.....	19
5. La enseñanza del griego en educación secundaria en España.....	21
6. La educación literaria a través de los textos: una propuesta.....	24
7. Conclusión.....	28
8. Bibliografía.....	29
9. Anexo I: propuesta de antología literaria.....	32

οὐ γὰρ τοῖς πολλοῖς περὶ τούτων πιστευτέον,
οἵ λέγουσιν μόνοις ἔξειναι παιδεύεσθαι τοῖς ἐλευθέροις,
ἀλλὰ τοῖς φιλοσόφοις μᾶλλον,
οἵ λέγουσι μόνους τοὺς παιδευθέντας ἐλευθέρους εἶναι.

Pues en esto no hemos de hacer caso al vulgo, que dice que «sólo a los libres se les ha de permitir la instrucción», sino más bien a los filósofos, que dicen que «sólo los instruidos son libres».

Epict. *Gnom.* II

1. Introducción

Europa lleva siglos estudiando griego antiguo: Grecia es uno de los pilares sobre los que se levanta la civilización occidental, y si esta ha girado los ojos al mundo griego para conocerse mejor a sí misma, lo ha hecho a menudo usando el instrumento de comunicación que los mismos griegos usaron. Se trata de una historia de altos y bajos, de momentos de esplendor y largos períodos de olvido, de sorprendentes renaceres y de intentos frustrantemente fallidos: desde Alejandría hasta nuestros días, pasando por Roma, Bizancio y el Renacimiento, la lengua que hablaron Demóstenes y Platón ha sido considerada, junto a la de Ovidio y Cicerón, como parte fundamental del ADN europeo.

Pero si el griego y el latín ocupan un lugar de tal importancia en la historia cultural de Occidente no es por razones puramente lingüísticas, o porque estas lenguas tuvieran en sí algo intrínseco que las diferenciara de las demás. Europa ha estudiado durante siglos griego y latín (y los sigue estudiando hoy) porque son la llave que nos permite acceder a la lectura de los clásicos que hicieron de Grecia y Roma entidades eternas: las lenguas clásicas son pues el instrumento que utilizamos para leer, analizar y comprender los textos que la Antigüedad Clásica nos ha transmitido.

De estas dos cuestiones parte el planteamiento de este trabajo. Primero se trazará la evolución general de la lengua griega y del estudio del estándar literario ático en Europa, para pasar a la situación actual de la enseñanza del griego en los sistemas educativos de los países de nuestro entorno; a continuación se prestará atención a la situación histórica y actual de esta enseñanza en el caso particular de España. Este estado de la cuestión servirá como marco para el grueso del trabajo, que consiste en una propuesta de antología literaria para la asignatura de Griego II, cursada en el segundo año del Bachillerato. Esta antología responde a esa importancia que debe tener el conocimiento de la literatura griega no solo a nivel teórico, sino también a nivel de los textos. Está compuesta por 28 fragmentos de diferentes autores de los períodos arcaico y clásico (más un fragmento de un autor helenístico), y cada fragmento incluye una propuesta de comentario analítico, que dependiendo de la naturaleza del texto se centra en unos aspectos u otros de este último. La lectura y el análisis de estos fragmentos, realizados de manera colectiva en clase, deben afianzar en el alumno los contenidos teóricos de literatura, así como promover su interés por el mundo antiguo y su espíritu crítico ante cualquier texto literario.

2. Historia de la enseñanza del griego

1) La lengua griega

Antes de nada es necesario precisar algunas cuestiones relativas a la lengua griega. Al decir “griego” o “lengua griega” nos referimos a un sistema lingüístico cuyos primeros testimonios aparecen hace unos 3600 años y que se sigue hablando hoy en día. En estos 36 siglos la lengua ha cambiado muchísimo en todos los ámbitos, tanto lingüísticos (fonética, fonología, morfología, sintaxis, semántica, léxico) como extralingüísticos (formas de escritura, uso y prestigio social...), y sin embargo lo seguimos llamando “griego”. El nombre es el mismo, pero la enorme variedad cronológica que supone tan extenso período de tiempo exige el uso de ciertos apellidos; lo que hablan hoy los griegos es “griego moderno”, mientras que lo que estudiamos en Bachillerato es “griego antiguo” o “griego clásico”.

Con “antiguo” nos referimos a la lengua en la Edad Antigua, en contraposición al griego “medieval” o “bizantino” y al “moderno”; dentro del griego antiguo encontraríamos diferentes etapas:

- el protogriego, reconstrucción teórica de la lengua en su etapa no atestiguada,
- el micénico (1600-1200 a.C. ca.), escrito con el silabario Linear B descifrado a mediados del siglo XX,
- el arcaico (750-480 a.C. ca.), ya con la adopción del alfabeto,
- el clásico (480-323 a.C.), propio del momento álgido de la civilización griega en los siglos V y IV, y
- la *koiné* (κοινή, 323 a.C.- siglo IV d.C.), durante los períodos helenístico e imperial.

El griego clásico es, por ende, una subdivisión dentro del griego antiguo; y es precisamente este tipo de griego el que estudiamos en el Bachillerato, pues es el que usaron aquellos que hicieron inmortal la civilización griega.

Una última precisión de tipo cronológico debe ser resaltada: el griego moderno desciende del griego antiguo de la misma manera que las lenguas romances descienden del latín; no se trata pues de una lengua muerta (se ha de recordar que una lengua muerta es aquella de la que no quedan hablantes nativos), pues la hablan más de 13 millones de personas en todo el mundo.

También es necesario precisar la división dialectal del griego antiguo, frente a la homogeneidad del latín clásico: de este conservamos el estándar culto de Roma, si bien

seguramente tenía también sus dialectos hablados a lo largo de todo el Imperio (dialectos de los que descienden las lenguas romances). En Grecia en cambio encontramos numerosas variedades geográficas de la lengua (Horrocks, 1997: 13), de las que hay que resaltar el dialecto ático (del Ática, la región de Atenas), que cobró importancia en el siglo V a.C. por el esplendor cultural de Atenas (Horrocks, 1997: 67) y del que desciende el griego moderno a través de la *koiné* helenística. El resto de dialectos no eran sin embargo versiones locales o vulgares del estándar (acepción incorrecta y demasiado extendida del concepto de “dialecto”); su relevancia consistía en que algunos estaban íntimamente ligados a ciertos géneros literarios. Así, la poesía elegíaca y yámbica, así como la prosa científica, eran escritas en dialecto jónico (de Jonia, formada por Samos, Quíos y parte de la costa egea de Anatolia, con Focea, Esmirna, Éfeso y Mileto) (Horrocks, 1997:49), mientras que la poesía coral estaba ligada al dialecto dórico (hablado en Creta, otras islas del sur del Egeo como Rodas y Cos, y en el sur y este del Peloponeso, donde están situadas Esparta, Argos y Corinto) (Horrocks, 1997: 53). Los poetas de Lesbos, como la famosa Safo, escribieron en su propio dialecto, una variedad del grupo eólico; y cuando Teócrito de Siracusa creó a principios del siglo III a.C. el género bucólico, lo unió para siempre al dialecto dorio de Sicilia.

Por último, es conveniente repasar ciertas modalidades de la lengua griega ligadas a una obra o a un autor; así, es especialmente relevante el “griego homérico”, de base jónica, propio de la poesía de Homero y de Hesíodo e imitado durante siglos por todos los autores de poesía épica y didáctica (Horrocks, 1997: 49); o el “griego bíblico”, dentro de la *koiné* helenística, al que fue traducido el Tanaj hebreo en Alejandría (Horrocks, 1997:106).

Esta enorme variedad cronológica, dialectal y literaria contrasta con la relativa homogeneidad del latín, cristalizado en un estándar literario desde el siglo I a.C. En el aula de Bachillerato, con solo dos años de griego, no sería productivo perderse en demasiadas explicaciones y ejemplos de todas estas variedades de la lengua griega; el objeto de estudio ha de ser el griego ático clásico de los siglos V y IV, que siguió siendo cultivado de forma culta durante siglos.

2) Época arcaica

Al hablar de la enseñanza del griego en las diferentes etapas de la civilización griega, es necesario insistir en la importancia de la oralidad, especialmente en la Grecia arcaica (de la época micénica y de los siglos oscuros (XII-IX a.C.) tenemos demasiado poca

información). En esta época en la que el alfabeto es tomado por los griegos de los fenicios y en la que las ciudades-Estado o *polis* (πόλις) desarrollan sus instituciones políticas, la educación (que consistía sobre todo en una formación gimnástica y musical) es esencialmente privada (las familias que pueden permitírselo contratan en su casa a un profesor para la instrucción de sus hijos) y de carácter aristocrático, como forma de transmisión de unos determinados valores que diferencian a las clases dirigentes. El vehículo de estos valores es sin duda la poesía homérica: la *Ilíada*, la *Odisea* y los demás poemas de los varios ciclos heroicos (que apenas conservamos), cuya transmisión oral se pierde en las tinieblas de los tiempos. Parte de la enseñanza de los jóvenes aristocráticos consistía pues en conocer e incluso aprender de memoria pasajes enteros de la poesía épica, tarea a la que ayudaba el ritmo característico del verso propio de este género, el hexámetro dactílico; pese a ese marcado carácter oral, la escritura, muy ligada a la poesía homérica, se abre paso de manera muy gradual, especialmente al final de la época arcaica (siglo VI). Es de hecho a finales de este siglo cuando son copiadas en Atenas las versiones definitivas de la *Ilíada* y de la *Odisea* (Novokhatko, 2015: 6).

El aprendizaje de la lengua en esta época está pues poco desarrollado y se basa principalmente en el estudio oral de los poemas homéricos, cuya lengua era sustancialmente diferente de la usada por los estudiantes y que estos seguramente interpretaban como una versión antigua de la suya propia. La dificultad de esa lengua no consistía en la sintaxis (todavía simple y con pocas subordinación), sino en la compleja morfología nominal y verbal, que incluye formas de diferentes dialectos (especialmente del jónico y del eólico) y otras marcadamente arcaicas. Además, dentro de la parte musical de la formación del joven aristócrata, se incluían conceptos de naturaleza gramatical, como la prosodia del griego (la correcta pronunciación de las sílabas largas y breves) y la métrica de la poesía, que aprovechaba la alternancia entre los dos tipos de sílabas para crear determinados ritmos, como los del verso homérico. No será hasta el siglo V cuando la gramática se separe definitivamente de la música (Novokhatko, 2015: 19).

Lo comentado hasta ahora es aplicable de forma general a todo el mundo de habla griega (Grecia continental, costa egea de Anatolia, islas del Egeo, sur de Italia y Sicilia), aunque la fragmentación política característica de esta época supone también diferentes modelos educativos: Esparta destaca por el carácter eminentemente físico y guerrero de su dura educación, de la que se encargaba el Estado, y por incluir en ciertas etapas de esa

educación también a las mujeres. A finales del siglo VI empiezan a aparecer instituciones educativas, y algunas *polis* deciden incluso sufragar el sueldo de los profesores.

3) Época clásica

En época clásica la diferencia la marca Atenas, que alcanza en el siglo V su esplendor político, militar, económico y cultural. A Atenas acuden autores, filósofos y científicos de todo el mundo heleno; el sistema democrático propicia el desarrollo de la oratoria y de la retórica; surge en fin el movimiento cultural de la sofística, en la que el hombre es considerado “la medida de todas las cosas” (ἀνθρωπος μέτρον, Protágoras) y en la que se implanta la relatividad cultural. Los sofistas, verdaderos profesionales de la enseñanza (en el sentido de que cobraban por sus lecciones), suponen una verdadera revolución educativa y causan una brecha entre la instrucción tradicional aristocrática y la suya, brecha que reflejan numerosas comedias de la época (Novokhatko, 2015: 20). Aumenta la importancia de la prosa (oratoria, filosófica, historiográfica y científica), lo que va acompañado de una cada vez más importante enseñanza de la escritura y del desarrollo del comercio de libros. A lo largo del siglo, la gramática no solo se diferencia de la música (gramática, música y gimnasia forman la instrucción básica) (Novokhatko, 2015: 21), sino que llega a ser considerada más importante; a finales del siglo V la mayoría de programas educativos incluyen la enseñanza de la lectura y de la escritura como base para la educación media y superior (Novokhatko, 2015: 11), y aparece la idea de “escuela” (διδασκαλεῖον) como un edificio en sí. Cuando en el 403 Atenas asuma oficialmente el alfabeto jónico (el que usamos nosotros), tal reforma tendrá el impacto suficiente como para suponer el argumento de una comedia perdida de Calias (Novokhatko, 2015: 12).

El proceso por el cual la “alta” cultura griega (respecto a la cultura “popular”) dejó de ser oral y pasó a ser escrita se culmina en el siglo IV; la exposición oral de textos literarios es precedida por su copia escrita en la enseñanza de la gramática, y las cada vez más numerosas instituciones empiezan a elegir un canon de textos clásicos aparte de los omnipresentes poemas homéricos, canon en el que entran sobre todo poetas líricos y trágicos. Las instituciones de enseñanza superior son cada vez más especializadas, como la escuela de retórica de Isócrates o las filosóficas de Platón y Aristóteles (la Academia y el Liceo); ambos filósofos opinan que la educación debe ser un asunto organizado y sufragado por el Estado (Novokhatko, 2015: 24).

4) Época helenística

A la muerte de Alejandro Magno, el imperio macedonio es dividido en varios Estados monárquicos en los que sus generales sucesores, los diádocos, instalan dinastías griegas: los Ptolomeos en Egipto, los Seléucidas en Siria, Persia y después en Asia Menor, y los Antipátridas y Antigónidas en Macedonia y Grecia. Aunque Atenas mantuvo su relevancia como centro filosófico, las capitales en las que se instalaron las cortes de estas dinastías tomaron el relevo como centros culturales de la cultura griega: Pela, Pérgamo y sobre todo Alejandría, donde los Ptolomeos mandarían construir dos instituciones vitales para la historia de la ciencia y de la filología, el Museo y la Biblioteca. Sus encargados, muchos de los cuales fueron poetas, intentaron reunir toda la sabiduría de la Antigüedad y prepararon las primeras ediciones de los textos clásicos.

Estos Estados usaron la educación como instrumento socio político: nada podía representar más la identidad cultural griega de las élites que la educación, o *paideia* (παιδεία) (Novokhatko, 2015: 25), organizada a partir de ahora por el Estado en los gimnasios (γυμνάσια), donde como desde hacía tiempo se alternaba el ejercicio físico con el musical y gramático. Los estudiantes aprendían a leer y a escribir, y luego practicaban los aspectos gramaticales con la lectura en común de textos clásicos del canon ya establecido el siglo anterior. En esta época el griego se expande más allá de sus colonias, sobre todo en Siria, Egipto y en el este de Libia, afianzando su posición como *lingua franca* en el Mediterráneo: los primeros historiadores romanos de hecho escribirán su obra no en latín, sino en griego. Se trata del estándar ático clásico de los siglos V y IV, que va sustituyendo a los otros dialectos y que empieza a sufrir fuertes cambios fonéticos y fonológicos. A esta forma evolucionada la llamamos *koiné dialectos* (κοινὴ διάλεκτος, “habla común”) (Horrocks, 1997: 80), aunque los autores de esta época seguirán imitando modelos anteriores, desde el ático clásico para la prosa como los diferentes dialectos arcaicos para los diferentes géneros poéticos (Horrocks, 1997: 98).

5) Era imperial y Antigüedad tardía

La batalla de Accio (31 a.C.) marca el final de la época helenística, con el fin de la dinastía Ptolemaica en Egipto (Cleopatra fue su última monarca) y la creación de la provincia de Acaya por César Augusto en el 27 a.C.; la influencia política y militar romana en Grecia había comenzado en realidad mucho antes, a principios del siglo II a.C., y toda la Hélade había caído bajo hegemonía de Roma tras el asedio y destrucción de Corinto en el 146 a.C.

Grecia a su vez influyó enormemente en Roma en el plano cultural; hasta la saciedad han sido repetidos los versos de Horacio que resumen este fenómeno: *Graecia capta ferum victorem cepit et artes / intulit agresti Latio*¹... (La Grecia conquistada a su fiero vencedor conquistó, y en el Lacio agreste introdujo las artes) (Moralejo, 2008: 315). Esa influencia empezó en cuanto los romanos entraron en contacto con las colonias griegas del sur de Italia y Sicilia, y comportó todos los ámbitos culturales: ciencia, arte, literatura, arquitectura, religión... La educación no escapó a esa influencia, hasta tal punto que podemos estar seguros de que esta era bilingüe (Matthaios, 2015: 205) desde la Segunda Guerra Púnica (218-201 a.C.) (Ciccolella, 2004: 123): el retórico Quintiliano llegó incluso a proponer que el aprendizaje del griego debía preceder al del latín (Ciccolella, 2004: 125). Para ello, las familias romanas utilizaron al principio esclavos griegos; al pasar el tiempo y hasta el final de la República el mismo profesor, el *grammaticus* (γραμματικός), era el encargado de enseñar ambas lenguas en el nivel más básico de la educación, mientras que en el Imperio parece haber habido una especialización de los *grammatici* en una u otra lengua.

El método de aprendizaje del griego, que por primera vez era enseñado a gran escala a hablantes no nativos, era básicamente la comparación, o *syncrisis* (σύγκρισις) de este con el latín (Ciccolella, 2004: 124). Los estudiantes aprendían la gramática de ambas lenguas de manera tanto oral como escrita; a parte de la composición y exposición de textos, se esperaba que fueran capaces de traducir de la una a la otra y viceversa. Hasta tal punto era dual la educación romana, que se realizaba un estudio paralelo de los cánones literarios de ambas civilizaciones: Homero frente a Virgilio en la épica, Esquilo, Sófocles y Eurípides frente a Séneca en las tragedias, Demóstenes frente a Cicerón en la oratoria (Ciccolella, 2004: 126). Esto sin duda ayudó a la creación de una identidad cultural grecorromana.

Precisamente esa identidad empezó a romperse con la división del Imperio en dos mitades, primero con Diocleciano y su tetrarquía a finales del siglo III y de manera definitiva con la muerte de Teodosio I, en el 395 d.C. A la división administrativa le correspondió una cultural, que se refleja en la demanda de traducciones al latín de obras científicas y religiosas griegas en Occidente en el siglo V (Ciccolella, 2004: 128). Hay que recordar que aunque el latín era la lengua de la administración y del ejército en todo el imperio, la *koiné* griega nunca dejó de ser la lengua de prestigio en la mitad oriental, y

¹ Hor. *Ep.* II 1, vv. 156-157.

siguió siendo hablada por la mayoría de la población en numerosas zonas (Horrocks, 1997: 187).

6) Edad Media

En el 476 d.C. no cayó el Imperio Romano, sino su mitad occidental: aunque lo llamemos imperio Bizantino, este Estado no dejó de ser la continuación del Imperio Romano de Oriente, manteniendo territorio (con continuas pérdidas y conquistas en todo el Mediterráneo) y estructura administrativa y militar; los bizantinos continuaron refiriéndose a sí mismos como *romaioi* (ρωμαίοι), “romanos”, y llamaban a su Estado *Basiléia Rhománon* (Βασιλεία Ῥωμαίων), “Imperio de los romanos”. En el siglo VI, siglos después de que en Occidente se hubiera dejado de enseñar griego, el latín seguía siendo enseñado en Constantinopla, y fue la lengua oficial de la administración hasta la primera mitad del siglo VII; es entonces cuando, coincidiendo con las conquistas musulmanas de Siria y Egipto (las regiones más ricas del Imperio), Bizancio entrega en dos siglos llamados “oscuros”, en los que se repliega en sí misma. Cada vez es más patente la distancia entre el ático clásico y la *koiné*, entre la lengua escrita y la hablada, de forma que para entender los textos escritos en la primera, los hablantes nativos de la segunda necesitaban sobre todo un conocimiento técnico de la gramática clásica (Ciccolella, 2004: 128). De esta manera, los gramáticos bizantinos llegaron a considerarse los guardianes ya no solo de la lengua, sino también de la cultura griega (Ciccolella, 2004: 145); para ellos la gramática normativa era la base de la educación, y su objetivo final, la retórica, manteniendo de hecho durante siglos el legado de la Grecia clásica (Ciccolella, 2004:129).

Durante la Edad Media Occidente prácticamente olvidó el griego. La lengua siguió siendo hablada por un porcentaje significativo de la población en la ciudad de Roma, en Sicilia y en el sur de Italia (Ciccolella, 2004: 131), donde aún hoy quedan bolsas de hablantes; para quien quisiera viajar a Grecia, sobre todo por negocios, existían unos manuales llamados *hermenéumata* (έρμηνεύματα), que eran una especie de repertorio de expresiones para poder comunicarse al nivel más básico. Sin embargo, estos servían de mínima ayuda a la hora de comprender un texto clásico; los diccionarios y libros de gramática de la Antigüedad ya no eran útiles, pues habían sido producidos para hablantes nativos (Ciccolella, 2004: 132); las ideas e instituciones que distinguieron a la Grecia clásica y que Roma heredó ya no existían. El único conocimiento de griego clásico

disponible era el léxico, que los autores de *Etimologías* demuestran pero que tampoco permite la lectura de textos (Ciccolella, 2004: 133).

En este panorama de oscuridad brillan por su singularidad algunas velas, siempre efímeras, como en Gran Bretaña e Irlanda en el siglo VII, o en el Imperio Carolingio en el VIII, cuando los monarcas de este establecieron contactos dinásticos con Bizancio (Ciccolella, 2004: 134-135). Aún no se ha podido explicar cómo podían saber griego estos pocos autores, sobre todo monjes, como el irlandés Eriúgena, que tradujo el corpus dionisíaco palabra por palabra al latín; una de las pocas teorías es que lo hicieran mediante la lectura simultánea del mismo texto en las dos lenguas, principalmente de la Biblia, de la que tenían manuscritos bilingües en pocos monasterios de las islas Británicas (Ciccolella, 2004: 136). En el siglo XIII vuelve a surgir el interés por el griego en los pensadores ingleses para la exégesis bíblica; en este contexto Roger Bacon compila la primera gramática griega en latín para uso de los occidentales, rompiendo así la tradición monolingüe y simplificando el complejo sistema de 56 declinaciones en las 3 que conocemos hoy (Ciccolella, 2004: 138-140).

En el siglo XIV Petrarca intentó sin éxito aprender griego de un monje nativo del sur de Italia; Boccaccio en cambio consiguió un buen dominio de la lengua con la ayuda de un pupilo de aquel monje, llamado Pilato, que en sus 3 años de estancia en Florencia (1360-1362) tradujo palabra por palabra al latín los poemas homéricos y algunas tragedias de Eurípides, precisamente las primeras lecturas en Bizancio. Los italianos estaban en la antesala del renacer de la cultura grecorromana (Ciccolella, 2004: 141).

7) Renacimiento

El intento de Pilato no tuvo continuidad inmediata, pero sí a largo plazo: en la última década del siglo XIV el humanista y político florentino Coluccio Salutati se preocupó por traer a su ciudad un verdadero profesor de griego, no del sur de Italia sino de la misma Constantinopla: el erudito y pedagogo Manuel Crisoloras (Ciccolella, 2004: 143). Su llegada en 1397 a la ciudad y su estancia de 3 años, hasta el 1400, marcan un antes y un después en la enseñanza del griego en Europa. Con un buen conocimiento del latín y con la conciencia de la diferencia entre la lengua clásica y la hablada, escribió su manual de lengua griega, los *Erotémata* (Ἐρωτήματα), con una gramática simplificada y adaptada a la del latín, que llegó a ser el manual de griego más utilizado en todo el Renacimiento (Ciccolella, 2004: 144), siendo traducido al latín por Guarino de Verona (Ciccolella, 2004: 158). Cuando en 1416 Poggio Bracciolini descubrió la *Institutio Oratoria* de

Quintiliano, el ideal clásico de una educación bilingüe volvió a resurgir (Ciccolella, 2004: 168) y la chispa del interés por la lengua griega fue abanicada de manera que 50 años después había cátedras de griego en la mayoría de universidades de Europa.

La figura de Crisoloras representa pues un puente de unión entre dos tradiciones culturales, la occidental y la bizantina; ambas tenían las mismas raíces en la cultura grecorromana, pero cada una tuvo un desarrollo paralelo por su cuenta durante la Edad Media (Ciccolella, 2004: 144). Con Crisoloras ambas vuelven a converger, coincidiendo con el ocaso de la bizantina: la toma de Constantinopla en 1453, que marca el final de la Edad Media, acelera el ya comenzado proceso mediante el que eruditos bizantinos huyen a Italia con miles de manuscritos griegos. La invención de la imprenta de tipos móviles de metal por Gutenberg permitió una difusión rápida y en grandes cantidades tanto de los textos clásicos griegos y de sus numerosas traducciones (tanto al latín como a las lenguas vernáculas) realizadas en esta época, como de gramáticas y diccionarios de griego. A parte del manual de Crisoloras, destacan la de Constantino Láscaris y la de Teodoro Gaza (Ciccolella, 2004: 158); el interés por la lengua griega hace crecer la demanda de profesores, pero para cuando lleguen el grueso de eruditos bizantinos tras 1453, los humanistas italianos ya se han “independizado” de sus maestros.

Uno de estos humanistas fue Guarino de Verona (nombrado antes por haber traducido al latín el manual de Crisoloras), que ocupó durante años la cátedra de griego de la universidad de Ferrara. Su hijo Battista Guarini dejó constancia en su obra *De ordine docendi et studendi* (1459) (Ciccolella, 2004: 169) de la metodología utilizada por su padre para la enseñanza del griego; este no se separó de la tradición antigua y bizantina: al estudio básico de la gramática con un manual había de seguir la práctica mediante la lectura de textos (Ciccolella, 2004: 170). Estos debían ser al principio prosa (el Nuevo Testamento, las Fábulas de Esopo, los Moralia de Plutarco, los Diálogos de Luciano, y discursos de Demóstenes e Isócrates), para seguir con la poesía, ante todo Homero, y después poetas como Hesíodo, Teognis, los tragediógrafos (Esquilo, Sófocles y Eurípides), Aristófanes, Teócrito o Píndaro (Ciccolella, 2004: 173). Especial atención recibía la morfología de cada palabra (Ciccolella, 2004: 174), mientras que la sintaxis era poco explicada.

Otro interesantísimo texto sobre la enseñanza del griego en el Renacimiento es la carta que un joven estudiante de artes paduano, Girolamo Amaseo, le envió a su hermano Gregorio desde Florencia, adonde había escapado en 1493 para estudiar en la escuela de Varino Favorino. Según el testimonio del joven, todos los días Varino leía, traducía y

comentaba 30 versos de la *Odisea* por la mañana, 20 del *Pluto* de Aristófanes después de comer y 40 de la *Ilíada* por la tarde, con especial atención al estilo y a las figuras retóricas (Ciccolella, 2004: 175); se esperaba que los estudiantes tradujeran por su cuenta otros textos del griego al latín, tanto por razones pedagógicas (para aprender bien la lengua) como para restablecer el sentido original de las obras traducidas (frente a las deficientes traducciones medievales).

Otra escuela de griego (y latín), activa desde el 1424 al 1446, fue la de Vittorino da Feltre en Mantua, llamada *La casa Gioiosa*, o “la casa alegre”. En ella Vittorino implantó un programa basado en la *Institutio Oratoria* de Quintiliano y en el tratado de Plutarco *Sobre la educación de los niños* (Περὶ παιδῶν ἀγωγῆς): para él la literatura clásica no solo era un objeto estético fin a sí mismo, sino que era un medio para elevar el ánimo de los jóvenes desde una actitud moralista. Siendo el latín la lengua de las conversaciones diarias, el griego empezaba a ser enseñado muy temprano siguiendo los preceptos de Quintiliano, y para el estudio de los textos de ambas lenguas se usaba la lectura en voz alta, la memorización y recitación (Ciccolella, 2004: 178-179).

Un último experimento en la enseñanza del griego fue el del papa León X, de la casa Medici, que quiso fundar un Gimnasio griego en Roma. Para ello, convocó al erudito cretense Marco Musuro para traer a la ciudad a doce muchachos griegos para que estudiaran con otros tantos italianos; el mismo Musuro y Andrés Juan Láscaris enseñaron griego en la escuela junto a profesores exclusivos de latín. Este último planeó con el papa la apertura de instituciones similares en Florencia y Milán, pero por desgracia la escuela dejó de ser financiada en 1519, poniendo fin a su actividad (Ciccolella, 2004: 180).

Algunos profesores de griego de finales del siglo XV y de principios del XVI, tanto bizantinos como italianos, no solo hicieron de profesores sino también de supervisores de imprenta (Ciccolella, 2004: 182): algunas casas editoriales decidieron ocuparse de la edición tanto de textos griegos como de manuales y diccionarios para la creciente demanda. El Gimnasio de León X llegó a incluir una casa editorial propia para la edición de textos griegos. Destaca en esta época la labor editorial de Aldo Manucio en Venecia, donde llegó a tener contratados a 30 cretenses que supervisaron la edición de los principales clásicos griegos, a parte de una gramática compuesta por el mismo Aldo y de obras latinas e italianas (Ciccolella, 2004: 166).

El interés por el griego se extendió a toda Europa, y ya a finales del siglo XV varios helenistas italianos y bizantinos viajan a París (Ciccolella, 2004: 183), mientras que en el norte del continente la Reforma protestante impulsa la enseñanza tanto del griego como

del hebreo para acudir directamente a la versión original de las Escrituras. La lengua griega se asienta como lengua de cultura junto al latín, con el que será comparado constantemente; el método de enseñanza seguirá consistiendo durante siglos en la traducción del uno al otro. Limitado en principio a una élite económica, cultural y social, cuando los jesuitas abrieron su primer colegio en Sicilia en 1548, incluyeron el griego en su currículum y lo enseñaron durante los dos últimos años del curso de cinco que instituyeron, llegando así a capas más amplias en las clases altas y medias de toda Europa (Ciccolella, 2004: 204-205).

Desde entonces y hasta nuestros días se ha mantenido en Occidente la posibilidad de estudiar griego en los últimos años de la enseñanza superior preuniversitaria, y como especialidad en las diferentes universidades europeas y americanas; pese a los grandes pasos que se dieron en el ámbito universitario de la investigación (lingüística, arqueológica, histórica, literaria, sociológica...) en el siglo XIX, en la educación superior la enseñanza del griego se ha mantenido en un papel secundario y complementario respecto al latín.

3. La enseñanza del griego en educación secundaria en los países de nuestro entorno

El único país que incluye el griego antiguo en alguna parte del currículum de la enseñanza obligatoria es, como no puede ser de otra manera, Grecia: en los tres años del Gimnasio (Γυμνάσιο, 12-15 años), las asignaturas de griego antiguo (Αρχαία Ελληνική Γλώσσα, en la que se enseña la gramática y vocabulario básicos) y de literatura griega antigua (Αρχαία Ελληνικά Κείμενα από Μετάφραση, en el que se leen textos traducidos al griego moderno) ocupan 4 horas semanales. Estas ascienden a 5 obligatorias en el primer año de los tres del Liceo (Λύκειο, 15-18), que ya es optativo. En el siguiente año hay 2 horas semanales obligatorias de griego antiguo para todos los alumnos, y otras 3 optativas para los de la especialidad de Humanidades; en el tercer y último año del Liceo el griego antiguo es totalmente opcional.²

En el resto de Europa el griego antiguo resiste, allí donde resiste, como un complemento del latín específico de las especialidades de Humanidades. En Francia es posible estudiarlo en los últimos dos años del Liceo general (*la première et la terminale du Lycée*), en la especialidad literaria (*série littéraire*);³ en Portugal en cambio solo se puede estudiar griego como opción en el último año de la educación superior, en la especialidad de Lenguas y Humanidades (*Curso de Línguas e Humanidades*); su disponibilidad depende del centro educativo.⁴ En el Reino Unido ni el griego antiguo ni el latín forman parte del currículum nacional,⁵ aunque son ofrecidos por algunas instituciones privadas de educación secundaria.

En Alemania, aunque cada Estado o *Land* tiene su propio sistema educativo, en general el griego antiguo está reservado al Gimnasio (*Gymnasium*), la educación secundaria de tipo académico que tiene como objetivo cursar una carrera universitaria, y que dependiendo del Estado dura 6 u 8 años (se entra con 10 o con 12 años). Es específico del Gimnasio Humanístico (*Humanistisches Gymnasium*), en el que, a parte del inglés, se enseñan como lenguas extranjeras el latín (desde el primer año) y el griego antiguo (desde

² Fullbright Greece. <http://www.fulbright.gr/en/study-in-greece/the-greek-educational-system>. Consultado el 20/06/2018.

³ Ministère de l'Éducation Nationale. <http://www.education.gouv.fr/cid2570/la-voie-generale-au-lycee.html>. Consultado el 20/06/2018.

⁴ Direção-Geral da Educação, República Portuguesa. <http://www.dge.mec.pt/curso-de-linguas-e-humanidades>. Consultado el 20/06/2018.

⁵ The national curriculum. UK Government. <https://www.gov.uk/national-curriculum/key-stage-3-and-4>. Consultado el 20/06/2018

el cuarto año de latín), de manera que los estudiantes tienen como mínimo 3⁶ y como máximo 5⁷ años de griego antiguo en su educación secundaria. En ambos casos, se dedican los dos primeros años a la gramática y el último (o los últimos tres) a la lectura y traducción de los clásicos como Homero, Platón, Demóstenes y del Nuevo Testamento.⁸

Por último, Italia es posiblemente el país en el que tanto el latín como el griego clásico disfrutan de una enseñanza más amplia. Como en Alemania, existe un tipo de educación secundaria específica de lenguas clásicas, el Liceo Clásico (*Liceo Classico*), que dura cinco años (desde los 14 a los 18 años) en los que ambas lenguas son obligatorias. Al ser las asignaturas troncales del Liceo, se le dedica a cada una 5 horas semanales, y de forma similar a Alemania, los dos primeros años (*biennio*) son ocupados por la enseñanza de la gramática mientras que en los últimos tres (*triennio*) da tiempo a la lectura y traducción de textos originales, tanto en clase guiados por el profesor como cada alumno en su casa (un texto, o *versione* de cada lengua a la semana).⁹

⁶ Como en Baviera. Bayerisches Staatsministerium für Unterricht und Kultus. <https://www.km.bayern.de/allgemein/meldung/2341/humanistisches-gymnasium-reich-werden-mit-klassischen-sprachen.html>. Consultado el 21/06/2018.

⁷ Como en el Schleswig-Holstein. Ministerium für Bildung, Wissenschaft und Kultur. https://www.schleswig-holstein.de/DE/Fachinhalte/S/schulsystem/allgemeine_informationen_gym.html. Consultado el 21/06/2018.

⁸ Como en el Maximiliansgymnasium de Múnich. <http://www.maxgym.musin.de/wordpress3/humanistisches-gymnasium-warum/>. Consultado el 21/06/2018.

⁹ Governo Italiano. Ministero dell’Istruzione dell’Università e della Ricerca. <http://www.miur.gov.it/web/guest/scuola-secondaria-di-secondo-grado>. Consultado el 21/06/2018.

4. Historia de la enseñanza del griego en España

El entusiasmo por el griego antiguo llega a la Península Ibérica en los últimos años del siglo XV: en la universidad de Salamanca encontramos en 1495 una cátedra de griego ocupada por el helenista portugués Arias Barbosa, mientras que en la Complutense de Alcalá llegará a estar un miembro de la última generación de eruditos bizantinos que huyó de los turcos a Occidente: el cretense Demetrio Ducas, que había ayudado en la imprenta de Aldo Manucio y que participará en la elaboración de la Biblia Políglota Complutense (publicada en el 1520) junto a Antonio Nebrija, entre otros. Tanto en Salamanca como en Alcalá se añadirán a la cátedra inicial dos “catedrillas”, de forma que hubiera un puesto para los tres niveles de enseñanza: básico, medio y superior (Gil, 1996: 45); en ambas ciudades se instituirán, además, sendos Colegios Trilingües de San Jerónimo (donde se enseñaban latín, griego y hebreo), el de Alcalá en el 1528 y el de Salamanca en 1555, pero ambos cerraron antes de final de siglos. En la Corona de Aragón por su parte, el Estudi General de Valencia contará también con una cátedra de griego especialmente vinculada a la medicina (Gil, 1996: 46).

Unas pocas universidades españolas más (Zaragoza, Barcelona, Toledo y Valladolid) dan de manera intermitente a lo largo del siglo XVI la oportunidad de enseñar griego bajo una cátedra, en cursos que duraban de 2 a 3 años (Gil, 1996: 47). Las clases se impartían en latín y por desgracia centraban los esfuerzos de los estudiantes más en la producción de textos en griego que en la comprensión de los clásicos, lo que explica la disminución del número de estudiantes y profesores en el siglo XVII: en 1615 Alcalá suprimirá las dos catedrillas para mantener una única cátedra que en 1640 dejará de ser pagada, mientras que Salamanca las mantiene muy mal pagadas (Gil, 1996: 48).

La Guerra de Sucesión termina de destruir lo poco que el siglo XVI había construido: las cátedras de griego de Valencia y Barcelona, que se habían mantenido todo el siglo anterior, desaparecen; en toda la recién suprimida Corona de Aragón solo se podrá estudiar griego en la universidad de Cervera. En Castilla la situación no fue mejor, pues la mayor parte del siglo XVIII el griego no fue impartido en la Complutense y solo se mantuvo en la universidad de Salamanca; a parte de esta, la única oportunidad de aprender griego la ofrecían los Jesuitas, pero esta desapareció al ser expulsados del reino en 1767 (Gil, 1996: 51-52).

A finales de siglo, el ilustrado Carlos III intentó potenciar la enseñanza del griego siguiendo las modas de la época: en los Reales Estudios de San Isidro (institución de los jesuitas concebida para que los jóvenes que habían estudiado en colegios de la Compañía

de Jesús siguieran estudios superiores), que el mismo rey había reabierto bajo dominio real tan solo 3 años después de la expulsión, existió la posibilidad de estudiar la lengua, así como en el Monasterio del Escorial. Algunas gramáticas griegas fueron editadas (frente al vacío editorial de todo el siglo) y el rey hizo estudiar griego a las infantas, pero el entusiasmo fue efímero y los estudios de griego fueron suprimidos tanto de San Isidro como del Escorial en el 1806 (Gil, 1996: 53).

5. La enseñanza del griego en educación secundaria en España

La Ley Orgánica General del Sistema Educativo (LOGSE, 1990), que alargaba la educación obligatoria de los 14 a los 16 años dejando un Bachillerato de dos años (entre los más cortos de Europa), afectó de manera directa tanto al latín como especialmente al griego, no tanto en el número de años en el que cada lengua se impartía, sino en la cantidad de alumnos que tenían acceso a ella. En la Ley General de Educación (LGE, 1970), el latín era obligatorio en el segundo curso del Bachillerato Unificado Polivalente (BUP); y era, junto al griego, una asignatura propia de la especialidad de letras (frente a la de ciencias) en el tercer año de BUP y en la modalidad humanístico-lingüística del Curso de Orientación Obligatoria (COU). Tras la reforma, ambas asignaturas quedaban recluidas a una de las cuatro ramas (Humanidades y Ciencias Sociales) del nuevo Bachillerato, rama que además se especializó en sus dos vertientes, quedando el griego solo en la primera de ellas (Alvar Ezquerra, 2003: 71). La Ley orgánica para la mejora de la calidad educativa (LOMCE, 2013), no ha supuesto ningún cambio significativo en la enseñanza de las lenguas clásicas.

Por lo que respecta al griego, el primer año de Bachillerato (Griego I) suele dedicarse a la exposición de la gramática básica: comenzando por el alfabeto griego, los estudiantes aprenden la morfología nominal y verbal y el funcionamiento sintáctico de los diferentes casos, a parte del contexto histórico y geográfico de la lengua griega y aspectos culturales de la civilización griega (política, sociedad, religión, mitología, arte...). En Griego II, programado como la continuación del anterior, y tras un repaso general de la gramática explicada el año anterior (con mayor profundidad en algunos aspectos puntuales), se pasa a la aplicación de esa gramática en el análisis morfosintáctico y traducción de textos clásicos de prosa, principalmente de la *Anábasis* de Jenofonte (obra escogida por su lengua relativamente sencilla), ya con la ayuda del diccionario; además, se da una perspectiva general de la literatura griega arcaica y clásica.

En la actualidad el griego (y en menor medida el latín) se enfrentan a graves problemas en la educación secundaria, problemas que de no solucionarse tendrán un reflejo evidente en la Universidad (si no lo están teniendo ya). Tales problemas son enumerados por Jesús de la Villa, el presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos, en un certero diagnóstico para el año 2018; pero lejos de una actitud pesimista y derrotista, el catedrático de Filología Griega de la Universidad Autónoma de Madrid ofrece numerosas propuestas para paliar los efectos de algunos problemas, y para

solucionar otros. Estos problemas, que son causados por cuestiones de índole principalmente social, legal y estructural, pueden ser resumidos así:

- Pocos alumnos quieren estudiar lenguas clásicas debido al poco valor que la sociedad actual les da a ellas en particular y a las Humanidades en general (De la Villa, 2018: 1).
- Algunos querrían, pero el acceso a ellas está restringido al Bachillerato de Humanidades, que en muchos centros es abandonado dejando solo el de Ciencias Sociales (que no incluye ni latín ni griego); aun con la modalidad de Humanidades y un profesor de clásicas disponibles, que se exija un mínimo de alumnos relativamente alto para que se curse esa asignatura reduce las posibilidades de los centros pequeños de ofrecer griego (De la Villa, 2018: 1-2).
- Incluso en los centros, generalmente grandes, donde se puede estudiar griego, este queda sujeto a numerosas complicaciones: por ejemplo, si un año no se consigue tener grupo en Griego I (en 1º de Bachillerato), al siguiente no habrá tampoco de Griego II (en 2º), aunque hubiera los alumnos suficientes para hacer grupo (De la Villa, 2018: 5).
- Los pocos alumnos que llegan a cursar Griego II encuentran con que esta asignatura pondera poco o nada en las calificaciones de acceso a la universidad, con lo que los que deciden involucrarse de verdad en la asignatura con miras a presentarse a la prueba de griego de la EvAU son una minoría dentro de la minoría.¹⁰ El resto, como es lógico y comprensible, prefieren centrar sus esfuerzos en las asignaturas que podrán ayudarles a alcanzar la media que sus carreras exigen. (De la Villa, 2018: 3).

Más allá de estos problemas específicos, el griego, junto al latín y a las Humanidades en general, se enfrenta a una sociedad que no lo valora, que cree que supone un esfuerzo inútil sin ninguna aplicación práctica. En este sentido, demasiados filólogos, historiadores, filósofos, etc., nos hemos visto obligados a justificar que nuestras especialidades permanezcan en los planes de estudios de la educación secundaria y superior, a responder a las preguntas “¿para qué sirve...?” o “¿hace falta tanta gente que sepa...?”, demasiadas veces hemos tenido que oír que lo que hemos estudiado es “muy

¹⁰ El centro en el que cursé las prácticas, con unos 1300 alumnos, tenía 20 matriculados en Griego II (12 en el Bachillerato diurno y 8 en el nocturno), de los que solo 2 tenían intención de presentarse a la prueba de griego de la EvAU.

bonito” o “muy interesante”, como si fuera un hobby al que se dedica el tiempo de ocio. Lo más triste no es que debamos continuamente responder a esas preguntas, justificar y defender la importancia de las Humanidades ante la sociedad en general, sino que acabemos haciéndolo ante nosotros mismos, como si no pudiéramos escapar de una visión del mundo que entroniza la producción, el crecimiento económico y, en definitiva, “lo útil”. Frente a ello, deberíamos limitarnos a esgrimir la inmensa riqueza cultural que suponen nuestras especialidades; en el caso del latín y del griego, debemos tener claro que ambas lenguas son nuestro vehículo de comunicación con las culturas que constituyen la base de la civilización occidental y de nuestra concepción del mundo (Alberich Mariné, 2000: 113).

Ante la falta de popularidad del griego (e insisto, del resto de Humanidades), la respuesta no puede ser recortar contenidos, hacer más fácil y por ello más atractiva la materia a los estudiantes. Es evidente que hay que adaptar los contenidos expuestos en clase a las necesidades de los alumnos, a sus capacidades y al tiempo disponible. En el caso específico del griego, es cuestionable explicar la totalidad del complejísimo sistema verbal de la lengua (tiempos presente, imperfecto, aoristo, futuro, perfecto y pluscuamperfecto, modos indicativo, imperativo, subjuntivo, optativo, infinitivo y participio, personas primera, segunda y tercera, números singular, plural y dual) si en los textos a los que el alumnado se va a enfrentar aparecen sobre todo terceras personas del singular y plural del presente, imperfecto y aoristo de indicativo, y a infinitivos y participios de estos tiempos (Alberich Mariné, 2000: 124). Quizás vale más la pena que el estudiante comprenda la diferencia no temporal, sino de aspecto, entre el presente y el aoristo, a que memorice (para olvidar después del examen) las decenas de formas que puede asumir el verbo “desatar”.

Nuestro principal enemigo en todo esto es el tiempo: tenemos solo dos años, y cualquiera puede darse cuenta que es un tiempo insuficiente para intentar enseñar una lengua (y menos si es una lengua “muerta”, es decir, de cultura, solo escrita). Quién quisiera los cinco años de los que disponen los docentes (y estudiantes) italianos, suficientes para adquirir un nivel de lengua y una cultura literaria amplísimos. Pero en nuestro corto Bachillerato, y ante las dos posibilidades de, por una parte, intentar dar la mayor parte posible de la gramática, de los textos y de la literatura en tan poco tiempo, y de, por otra, centrarse en un número limitado de contenidos tanto lingüísticos como culturales para poder analizarlos en relativa profundidad, vale la pena decantarse por la segunda opción.

6. La educación literaria a través de los textos: una propuesta

En ese sentido va dirigida la antología de textos literarios que este trabajo propone: una selección de fragmentos significativos, de cuyo análisis conjunto en clase debe resultar un afianzamiento de los contenidos vistos en el bloque de literatura de la asignatura de Griego II.

Ya se ha comentado antes que esta asignatura se centra, después del repaso general a la gramática vista en el primer curso, en la traducción de textos. Al traducir tanto del latín como del griego, los profesores suelen exigir de los alumnos una compleja operación: realizar el análisis morfosintáctico del fragmento en cuestión antes de la comprensión de su contenido. Este modo de avanzar, que hace tan lenta y difícil la lectura y traducción de los clásicos en los primeros años de aprendizaje, es contrario a cualquier procedimiento propio de la comunicación lingüística (Alberich Mariné, 2000: 124). A esto se le añade el difícil manejo del diccionario, que para cada palabra griega (especialmente para los verbos) incluye numerosas equivalentes del castellano.

Estas dificultades propias de la traducción pueden espantar al estudiante más aplicado y entusiasta, y empeoran la situación antes resumida en la que tan pocos alumnos se esfuerzan para presentarse a la prueba de griego de la EvAU. Ante ello, no son pocas las voces que insisten en que se debe dar más importancia a la parte de civilización respecto a la puramente lingüística; resulta claro que la mayoría de personas que hayan estudiado griego recordarán la asignatura no por la gramática, sino por la cultura (Hernández Torcal, 1985: 72), que puede incluir aspectos tan variados como el sociológico, el literario, el religioso y mitológico, el histórico, el de la tradición clásica, etc. No podemos estudiar la lengua en abstracto, y si estudiamos griego no es por su valor estético (suele ser elocuente la cara de los parientes de quien haya practicado la lectura en voz alta en su casa), sino porque es el instrumento lingüístico que utilizó la civilización griega y a través del cual se expresó, y como tal es un vehículo de contenidos dignos de conocer (Martínez Fernández y Longares Monreal, 1985: 85).

El problema vuelve a ser el tiempo. Un año no es suficiente para una base grammatical sólida, que por otra parte se adquiere sobre todo con la práctica de la traducción; el bajo nivel del alumnado limita el número de textos a los que puede tener acceso mediante la traducción, ya que hay que seleccionar estos de acuerdo a la capacidad grammatical que los estudiantes hayan podido desarrollar en un año de teoría y poco más de un mes de repaso. Así, la *Anábasis* de Jenofonte, elegida por su prosa relativamente simple en léxico y sintaxis, se acaba convirtiendo en la única obra de la literatura griega que los alumnos de

Griego II conocen; y, sin quitar méritos al historiador ateniense, lo cierto es que estos estudiantes acaban el Bachillerato sin conocer qué autores, obras e ideas hicieron eterna a la civilización griega.

Es a partir de este problema de donde surge esta propuesta de antología. Siendo que no hay ni el nivel ni el tiempo de traducir a los grandes autores como Homero, Hesíodo, los trágicos, Safo, Arquíloco, Heródoto, Demóstenes, etc, que al menos los puedan leer. Una traducción siempre corre el riesgo de no transmitir todo el mensaje, toda la belleza del original, especialmente cuando hablamos de poesía, pero esto no puede impedirnos reconocer la importancia de poder acercar al alumnado ese mensaje. Leer a un autor antiguo nos ayuda a comprender el pasado y a reflexionar sobre la pervivencia y la trascendencia de las ideas que ese autor transmitió, y esto es mucho más importante que el estudio de hechos gramaticales aislados (Alberich Mariné, 2000: 116): de nada sirve reconocer un genitivo absoluto o el dual de un sustantivo, si no captamos la belleza de “la Aurora de dedos rosados”, si no entendemos el deseo de inmortalidad de Aquiles, el peso del destino de Edipo, o la invitación a disfrutar de la vida de Alceo.

La literatura griega es muy vasta y variada, por lo que cualquier selección de autores y de fragmentos de esos autores va a dejar de lado una cantidad inmensurable de caudal cultural; sin embargo, y al igual que se ha comentado antes respecto a la gramática, intentar abarcar demasiado en literatura solo puede confundir al alumno y no dejarle disfrutar. Por otra parte, esta selección puede ser tan válida y útil como la que pueda elaborar cualquier filólogo clásico de acuerdo a sus preferencias y conforme a los aspectos que crea más conveniente destacar en cada género, autor, obra y fragmento.

La propuesta de antología contiene 28 textos de diferentes autores y un ejemplo de comentario textual por cada fragmento; está pensada para ser aplicada a lo largo de todo el curso, de manera que cada semana se pueda dedicar parte de una clase a la lectura y análisis de un texto. Tal actividad está concebida como complemento a la exposición teórica del bloque de literatura: la alternancia en una misma semana de traducción, literatura y lectura del texto es clave para no sobrecargar al alumnado con ninguna de estas tres actividades. Además, y aunque se presenten los textos en traducción, sería muy interesante utilizar la versión original de cada uno para aplicar conocimientos de léxico, morfología y sintaxis, de forma que el análisis del texto sirva como apoyo no solo del bloque de literatura sino también del de lingüística. En este sentido, el orden en el que están dispuestos los fragmentos de la antología (por género y cronología) podría ser fácilmente alterado para adecuarlo a los contenidos gramaticales de cada momento.

Por lo que respecta al comentario, cada texto ofrece muchas posibilidades; dependiendo de cada uno, la propuesta se centra en cuestiones de contenido (épica), de argumento (tragedia y comedia), de ideología (lírica), incluso de método científico (Tucídides), pero a la hora de la puesta en práctica está en manos del docente atender más a unos puntos o a otros. La cuestión es dar un contexto al fragmento, que de por sí solo seguramente dice muy poco a un alumno de secundaria: cualquier texto literario clásico, y más si pertenece a la Antigüedad, resultará distante y ajeno al estudiante, tanto por el espacio y (sobre todo) el tiempo que lo separan de él, como por el marco histórico, social, político e ideológico que dio origen a ese escrito. Por ello, el docente debe, tanto en la explicación teórica de la parte de literatura como en el comentario y análisis del texto, acercar el máximo posible los hechos culturales del mundo antiguo que pueden iluminar el fragmento en cuestión (Alberich Mariné, 2000: 118). El comentario propuesto puede ser solo el principio de un análisis más profundo en el que los mismos estudiantes, siempre orientados por el filólogo (Cuartero Iborra, 1996: 101), participen y se involucren, haciendo suyo el contenido del texto.

Respecto a la traducción, se barajó la posibilidad de realizar una adaptada a un lenguaje simple y fácilmente accesible; sin embargo, enseguida resultó clara la inviabilidad de tal proyecto, pues el lenguaje tanto de la prosa como sobre todo de la poesía antiguas es de por sí complejo, con conceptos cargados de contenido semántico y con una sintaxis que refleja una complicada relación entre las diferentes ideas expresadas. Por ello se decidió utilizar traducciones realizadas por filólogos expertos, como son las de la editorial Gredos: salvo para la parte de los poemas homéricos y de la lírica monódica, se han utilizado las traducciones al castellano editadas por esta editorial. Tales excepciones tuvieron lugar debido a que las traducciones de la Gredos para esos casos plasmaban en prosa lo que en griego es verso,¹¹ por lo que se echó mano, en el caso de la lírica monódica, a la *Antología de poesía erótica griega* de José Luis Calvo Martínez, y en el caso de la *Ilíada* y la *Odisea*, a las traducciones de Fernando Gutiérrez editadas por José Alsina, que intentan mantener con éxito el ritmo propio del hexámetro dactílico tan característico de la épica. Si el lenguaje de todas estas traducciones exige un esfuerzo del alumno por comprenderlo, esto no debe ser considerado como algo negativo, pues los

¹¹ Esta situación también se da en las traducciones de Hesíodo y de toda la poesía dramática, pero en esos casos no se consideró tan vital reflejar la estructura versificada del original en el texto.

textos de por sí transmiten un contenido y tienen un sentido propio que de por sí no son sencillos y que requerirán de la máxima atención posible.

Por último, los fragmentos elegidos son de una extensión muy limitada para permitir su lectura y comentario en menos de una clase; en el caso de la lírica arcaica se han tomado varias poesías completas debido a su brevedad, pero en los demás casos (épica y didáctica, drama, historiografía y oratoria) se ha tenido que separar un fragmento del contexto de su obra. Es conveniente pues que el trabajo en la antología sea acompañado por una lectura obligatoria. Las tragedias y comedias, por su extensión, son una perfecta elección para este cometido, y a ese efecto, se han dado dos textos de Esquilo y otros dos de Eurípides en la parte de tragedia, pero solo uno de Sófocles: su *Edipo Rey*, considerado ya por Aristóteles como el prototipo de tragedia, completa la selección con su lectura completa en el caso en que se quiera que toda la clase lea la misma obra. Si se prefiriera dividir esta en grupos, o incluso que cada alumno leyera por su cuenta una obra distinta para después exponerla en clase, hay tragedias y comedias suficientes.

No podemos dejar de insistir en la importancia que tiene que los estudiantes de griego puedan acceder, en traducción o en versión original, a los textos clásicos. El estudio del griego, tanto hoy como a lo largo de la historia, ha tenido como objetivo proporcionar ese acceso directo a la literatura griega antigua, la vía a través de la cual los griegos nos siguen enviando su mensaje (Martínez Fernández y Longares Monreal, 1985: 90). Es a través de los textos clásicos que podemos conocer al pueblo griego, y son esos textos los que nos permiten tomar conciencia de la importancia de la tradición cultural a la que pertenecemos (Hernández Torcal, 1985: 70): entre los problemas que tuvieron los griegos y los que tenemos nosotros existe una continuidad, pero son las respuestas que les dieron ellos las que lleva siglos leyendo la civilización occidental.

7. Conclusión

El objetivo de esta propuesta es muy reducido, ya que trata de proporcionar material útil a un solo bloque, el de literatura, de los varios que conforman la programación de Griego II; por otra parte, la literatura griega es tan vasta, tan compleja y ha tenido un impacto tan profundo en la tradición literaria occidental que cualquier intento de exponerla, explicarla y analizarla en un curso tiene que limitarse a generalidades, algunos dirían que incluso a banalidades (Cuartero Iborra, 1996: 97). Sin embargo, no debemos perder de vista que no tenemos ni el tiempo ni la posibilidad de hacer una exposición pormenorizada de la cuestión: más bien se trata de dar al alumnado una base teórica y práctica sobre la que él mismo pueda construirse como lector (en este caso de literatura antigua), y de proporcionarle los instrumentos para fomentar el desarrollo de sus competencias lingüísticas y literarias con vistas a poder realizar una lectura crítica y razonada de textos clásicos y modernos.

En este sentido, la antología aquí propuesta está concebida como una iniciación a la lectura y análisis de la literatura griega; sin esta lectura, la pura exposición en clases tradicionales de la teoría sobre los géneros, autores, obras y sus características corre el riesgo de ser simple materia de examen, es decir, memorizada para aprobarlo y olvidada una vez conseguido esto último. Si conseguimos que el alumno supere esa visión y que un autor antiguo le diga algo, le sorprenda con sus argumentos trágicos, le comunique una sentimiento en una poesía o incluso le divierta con su humor eterno, en definitiva, si logramos que ese autor le comunique una emoción humana y le demuestre que no está “muerto” (porque ni Homero, ni Anacreonte, ni Sófocles morirán nunca), habremos ayudado al desarrollo ya no solo académico, sino personal, de ese alumno. Y tal logro no tiene nada de banal.

8. Bibliografía

- Alberich Mariné, J. (2000). Aspectos de la enseñanza del latín y del griego en el Bachillerato. En Mascaró Pons, J. (Ed.), *Aspectos didácticos de lenguas clásicas 1* (pp. 111-153). Zaragoza, España: I.C.E. Universidad de Zaragoza.
- Alvar Ezquerra, A. (2003). Estado actual de la enseñanza del latín y del griego en España y perspectivas de futuro. *Estudios Clásicos*, tomo 45, nº 123, pp. 69-84.
- Ciccolella, F. (2004). *Donatus Graecus: Learning Greek from Antiquity to the Renaissance*. Nueva York, Estados Unidos: Columbia University Press.
- Cuartero Iborra, F. J. (1996). Propuesta para la lectura de los clásicos griegos. En Rodríguez, M.ª E. et al, *Aspectos didácticos de griego 4*. (pp. 95-132). Zaragoza, España: I.C.E. Universidad de Zaragoza.
- De la Villa, J. (2018). *Las enseñanzas clásicas en el sistema educativo español en 2018. Problemas y soluciones. Ideas para un diagnóstico y medidas de mejora*. Sociedad Española de Estudios Clásicos. Recuperado de <http://www.estudiosclasicos.org/las-ensenanzas-clasicas-en-el-sistema-educativo-espanol-2018-un-diagnostico/>. Consultado el 25/06/2018.
- Gil, Luis (1996). La enseñanza del griego en España: del Renacimiento a la Ilustración. En Bartolomé, J. (Ed.), *Historia y métodos en la enseñanza de las lenguas clásicas* (pp.45-54). Vitoria Gasteiz, España: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco.
- Horrocks, G. (1997). *Greek. A History of the Language and its Speakers*. Chichester, Reino Unido: Wiley-Blackwell.
- Hernández Torcal, A. (1985). Posibilidades varias para el comentario de textos griegos. En Schrader, C. et al., *Aspectos didácticos de griego 1. Bachillerato*. (pp. 67-79). Zaragoza, España: I.C.E. Universidad de Zaragoza.

Martínez Fernández, R. y Longares Monreal, C. (1985). El lugar del griego en el futuro Bachillerato: reflexiones. En Schrader, C. et al., *Aspectos didácticos de griego 1. Bachillerato*. (pp. 81-97). Zaragoza, España: I.C.E. Universidad de Zaragoza.

Matthaios, S. (2015). Greek Scholarship in the Imperial Era and Late Antiquity, en Montanari, F. et al. (Ed.), *Brill's Companion to Ancient Greek Scholarship. Vol. 1, History; Disciplinary Profiles* (pp. 184-296). Leiden, Países Bajos: Brill.

Montana, F. (2015). Hellenistic Scholarship, en Montanari, F. et al. (Ed.), *Brill's Companion to Ancient Greek Scholarship. Vol. 1, History; Disciplinary Profiles* (pp. 3-59). Leiden, Países Bajos: Brill.

Moralejo, J. L. (Ed.). (2008). *Horacio. Sátiras. Epístolas. Arte Poética*. Madrid, España: Gredos.

Novokhatko, A. (2015). Greek Scholarship from its Beginnings to Alexandria, en Montanari, F. et al. (Ed.), *Brill's Companion to Ancient Greek Scholarship. Vol. 1, History; Disciplinary Profiles* (pp. 60-183). Leiden, Países Bajos: Brill.

Ediciones

Alsina, J. (Ed.) (1980). *Homero. Ilíada*. Barcelona, España: Clásicos Universales Planeta.

Alsina, J. (Ed.) (1980). *Homero. Odisea*. Barcelona, España: Clásicos Universales Planeta.

Balasch Recort, M. (Ed.) (1981). *Polibio. Historias. Libros V-XV*. Madrid, España: Gredos.

Calonge Ruiz, J. y Torres Esbarranch, J. J. (Eds.) (1990). *Tucídides. Historia de la Guerra del Peloponeso. Libros I-II*. Madrid, España: Gredos.

Calvo Martínez, J. L. (Ed.) (1985). *Eurípides. Tragedias II. Suplicantes. Heracles. Ion. Las troyanas. Electra. Ifigenia entre los tauros*. Madrid, España: Gredos.

Calvo Martínez, J. L. (Ed.) (1988). *Lisias. Discursos I*. Madrid, España: Gredos.

Calvo Martínez, J. L. (Ed.) (2009). *Antología de poesía erótica griega. Poemas de amor y sexo en Grecia*. Madrid, España: Cátedra Letras Universales.

Fernández-Galiano, M. y Perea Morales, B. (Eds.) (1986). *Esquilo. Tragedias*. Madrid, España: Gredos.

Guzmán Hermida, J. M. (Ed.) (1980). *Isócrates. Discursos II*. Madrid, España: Gredos.

Lasso de la Vega, J. S. y Alamillo, S. (Eds.) (1981). *Sófocles. Tragedias*. Madrid, España: Gredos.

López Eyre, A. (Ed.) (1980). *Demóstenes. Discursos políticos I*. Madrid, España: Gredos.

Macía Aparicio, L. M. (Ed.) (2007). *Aristófanes. Comedias III. Lisístrata. Las tesmoforías. Las ranas. La asamblea de las mujeres*. Pluto. Barcelona, España: Gredos.

Medina González, A. y López Férez, J. A. (Eds.) (1991). *Eurípides. Tragedias I. El Cíclope. Alcestis. Medea. Los Heráclidas. Hipólito. Andrómaca. Hécuba*. Madrid, España: Gredos.

Ortega, A. (Ed.) (1984). *Píndaro. Odas y fragmentos. Olímpicas. Píticas. Nemeas. Ístmicas. Fragmentos*. Madrid, España: Gredos.

Pérez Jiménez, A. y Martínez Díez, A. (Ed.) (1978). *Hesíodo. Obras y fragmentos. Teogonía. Trabajos y días. Escudo. Fragmentos. Certamen*. Madrid, España: Gredos.

Schrader, C. (Ed.) (1995). *Heródoto. Historia. Libro VII. Polimnia*. Madrid, España: Gredos.

Suárez de la Torre, E. (Ed.) (2002). *Yambógrafos griegos*. Madrid, España: Gredos.

Suárez de la Torre, E. (Ed.) (2012). *Elegíacos griegos*. Madrid, España: Gredos.

9. Anexo I: propuesta de antología literaria
1. Poesía épica y didáctica
 - 1.1. Homero
 - 1.1.1. *Ilíada*
 - 1.1.1.1. *Il. I 1-12* (Alsina, 1980: 3)

1 Canta, diosa, la cólera aciaga de Aquiles Pelida,
 que a los hombres de Acaya causó innumerables desgracias
 y dio al Hades las almas de muchos intrépidos héroes
 cuyos cuerpos sirvieron de presa a los perros y pájaros

5 de los cielos; que así los designios de Zeus se cumplieron
 desde que separáronse un día, tras una disputa,
 el Atrida, señor de los hombres, y Aquiles divino.

¿Qué dios fue el que movió la discordia y la lucha entre ellos?
 Fue este el hijo de Leto y de Zeus. Contra el rey irritado,

10 una peste maligna a sus huestes mandó, y sus guerreros
 perecían, porque ultrajó a Crises, a su sacerdote,

12 el Atrida...

El comienzo de la Ilíada es de obligada inclusión en esta antología: sin los versos que suponen el disparo de salida de la literatura griega y de toda la tradición literaria occidental esta selección de fragmentos se quedaría coja. El primer verso de todos declara de manera explícita cuál es el núcleo alrededor del cual gira toda la obra: “la cólera... de Aquiles” ($\mu\eta\nu\iota\nu\ldots\mathcal{A}\chi\iota\lambda\eta\o\zeta$). Esta es la causante de las “innumerables desgracias” que los aqueos sufrirán a lo largo de todo el poema, y este fragmento da cuenta del origen de esa cólera, que es la disputa y separación del Atrida (Agamenón) y el Pelida (Aquiles).

El verso 8 lanza la pregunta de qué divinidad fue la que causó a su vez esa disputa: esto debe llevar a explicar la concepción homérica de la voluntad humana, siempre débil frente a los designios de los inmortales. De acuerdo a esa visión, todas las emociones, pensamientos y decisiones que nosotros atribuimos a la voluntad de un personaje pueden estar suscitadas por el interés de un dios; en este caso es conveniente explicar pues que los dioses toman partido por uno u otro bando que se enfrentan en la guerra de Troya, y que en este caso Apolo apoya a los troyanos.

De carácter más técnico han de ser las aclaraciones sobre qué significa “el Pelida” o “el Atrida”, al tratarse de patronímicos (“el hijo de Peleo” y “el hijo de Atreo”,

respectivamente) tan comunes en los poemas homéricos y que expresan de manera directa la importancia del linaje de los héroes. También es necesario esclarecer el significado de Acaya, una región del Peloponeso cuyo nombre es usado en el poema para la totalidad de la Hélade (y de ahí el nombre de los aqueos), así como revelar el mito de Zeus y Leto, la madre de Apolo y Ártemis.

Por último, la invocación a la Musa (“Canta, diosa...”) exige que se aclare la concepción homérica de la creación poética. El poeta, cuya voz escuchamos al leer los poemas, no es el autor en sí de ellos, no ha “creado” ni “compuesto” la obra, sino que es un simple transmisor del mensaje divino de la Musa, ya que es ella la que habla a los mortales a través del poeta. Este concepto, para nosotros primitivo y casi chamánico, de la poesía como expresión de un mensaje divino, como algo creado bajo la inspiración y posesión de una divinidad, siguió vivo durante siglos en Grecia: cabe aquí mencionar el *Fedro* de Platón y las distintas locuras (*μανία*) producidas por los dioses de las que habla Sócrates, entre la que está la locura poética.

1.1.1.2. *Il. I* 148-171 (Alsina, 1980: 8-9)

- 148 Y con torvo mirar dijo Aquiles, el de pies ligeros:
-¿Cómo tú, corazón sin vergüenza, varón codicioso,
150 quieres que un solo aqueo obedezca gustoso tus órdenes,
sea para emprender una marcha o entrar en combate?
Obligado por los belicosos guerreros de Troya
yo no vine a luchar, porque no me infirieron agravios.
No han robado mis vacas y no me robaron corceles,
155 ni en la fértil Ptía jamás mi cosecha arrasaron,
pues levántanse muchas montañas umbrosas entre ellos
y nosotros, y entre ambos se extienden las ondas sonoras.
Solo a ti hemos seguido, insolente grandísimo, para
darte el gusto de que de los teucros tomas venganza
160 Menelao y tú, cara de perro. Pero no te importa
y valor no le das y, además, amenazas quitarme
lo que por mis fatigas me dieron los hombres de Acaya.
Sin embargo, jamás a la mía se iguala tu parte
cuando aquellos saquean alguna ciudad populosa.

165 Aunque el peso mayor de la lucha impetuosa sostengo
 con mis brazos, llegada la hora de hacerse el reparto,
 tú te llevas la parte mejor, y yo vuelvo a mis naves
 con la parte pequeña, aunque grata, y cansado de lucha.
 Así pues, vuelvo a Ptía; es mejor regresar a la patria
170 en las cóncavas naves, pues yo no deseo sin honra
171 continuar procurándote aquí mayor lucro y riquezas.

Esta intervención de Aquiles en la asamblea de los griegos puede servir, junto al texto anterior, para terminar de perfilar los sucesos que llevan al poema a ponerse en marcha: el asunto del sacerdote Crises y su hija Criseida, esclava de Agamenón, la toma por parte de este de Briseida, a su vez esclava de Aquiles, y la indignación que este siente por ello. Las quejas del joven guerrero ilustran el funcionamiento de distintos elementos del mundo homérico: por una parte el saqueo de ciudades como práctica común y honrosa, el reparto del botín procedente de ese saqueo entre quienes toman parte en él, la coincidencia entre la parte que recibe cada uno y lo que se merece a juicio de todos los demás... El nombrar dos veces a Ptía (o Ftía), la ciudad de Aquiles, también puede dar pie a la naturaleza “confederal” del contingente aqueo: aunque Agamenón, el rey de Micenas, es el general de toda la expedición, cada pequeña región de Grecia es independiente y tiene su propio monarca.

En las duras palabras de Aquiles dirigidas al Atrida vemos el fuerte choque que ocurre entre los dos y que tiene diferentes vertientes: generacional (el joven Aquiles contra el adulto Agamenón), política, de autoridad (la que tiene Agamenón para disponer del botín de quienes él considera súbditos, y la que tiene Aquiles para abandonar la expedición aquea junto a sus soldados, los mirmidones), etc. En su obcecación, ambos están cometiendo *hybris* (ὕβρις), la soberbia, el pasarse de la raya (Cuartero Iborra, 1996: p. 107): los dos personajes se sobrepasan tanto en sus acciones como en los ataques que se dirigen, de manera que la misma diosa Atenea debe intervenir para que el impetuoso Aquiles no se deje llevar por la rabia ni agrede físicamente al rey.

La disputa entre ambos pone en marcha el poema: al retirarse de la batalla junto a sus soldados Aquiles, el mejor de los aqueos, estos comienzan a perder terreno y los troyanos, dirigidos por el príncipe Héctor, llegarán a prender fuego a las “cóncavas naves”. Los dos guerreros no arreglarán sus diferencias hasta que Patroclo, el compañero de Aquiles,

muera a manos de Héctor: la cólera del Pelida cambia entonces de objetivo y se dirige al príncipe troyano, vuelve a entrar en combate y decanta la balanza a favor de los griegos.

1.1.1.3. Il. XXII 395-409 (Alsina, 1980: 452)

- 395 Dijo así, y preparó a Héctor divino una muerte afrentosa.
Horadó los tendones de atrás de ambos pies, del tobillo
al talón; introdujo correas de pieles boyunas
y lo ató al carro para hacer que la cabeza arrastrara.
Subió al carro, ya puestas en él las magníficas armas,
400 y aguijó a los caballos, los cuales, gozosos, volaron.
Una nube de polvo el cadáver alzó yendo a rastras,
esparcidos los negros cabellos, y aquella cabeza,
antes bella, se hundía en el polvo, por Zeus entragada,
para ser ultrajada en su patria, allí, a los enemigos.
405 Cuando el polvo manchaba ya aquella cabeza, su madre
se mesaba el cabello; arrojando de sí el blanco velo,
prorrumpió, al ver la muerte del hijo, en amargos sollozos.
Suspiró tristemente su padre, y gimió todo el pueblo
409 a su lado y por toda la villa, lanzando lamentos.

Famosa es la escena del combate singular entre Aquiles y Héctor, en el que este muere a manos de aquel. Sin embargo, la escena posterior tiene quizás una carga simbólica y emocional mayor, al mostrar por una parte cómo Aquiles maltrata injustamente el cadáver del príncipe troyano y por otra el duelo de sus padres (los reyes de Troya, Príamo y Hécuba) y de toda la ciudad.

Antes de comenzar el combate, y de nuevo cuando ya ha sido herido de muerte, Héctor intenta pactar con Aquiles que quien muera a manos del otro sea devuelto a la familia, para ser correctamente incinerado; en ambas ocasiones el fiero Pelida se niega, consumido por su odio hacia el asesino de su compañero Patroclo. En este fragmento se concretiza la amenaza del guerrero de ultrajar el cadáver de Héctor, al arrastrarlo desde su carro tirado por caballos alrededor de la ciudadela de Troya para que lo vean sus familiares y compatriotas. Es de vital importancia tanto en el mundo homérico como en general en la civilización griega que los muertos tengan unos funerales dignos para que el alma del difunto pueda ir al Hades; el gesto de Aquiles es así una muestra más de su

cólera terrible y de su odio a Héctor, que no acaba incluso tras la muerte de este. De nuevo comete *hybris* el héroe, al sobrepasarse con creces en su venganza; en los funerales por Patroclo Aquiles llegará a degollar a unos jóvenes nobles troyanos, superando el límite del tabú de los sacrificios humanos.

Solo podremos ver a Aquiles rehabilitado como ser humano (y no como un monstruo asesino) cuando el rey Príamo le suplique por el cadáver de su hijo: al recordarle a su anciano padre Peleo, el héroe se apiada de su enemigo y ambos lloran juntos la muerte de sus seres queridos. La *Ilíada* acaba con los funerales de Héctor en Troya.

1.1.2. *Odisea*

1.1.2.1. *Od. I 1-21* (Alsina, 1980: 3-4)

- 1 Habla, Musa, de aquel hombre astuto que erró largo tiempo
después de destruir el alcázar sagrado de Troya,
del que vio tantos pueblos y de ellos su espíritu supo,
de quien tantas angustias vivió por los mares, luchando
5 por salvarse y salvar a los hombres que lo acompañaban;
mas no pudo, ¡ay!, salvarlos, no obstante el esfuerzo que hizo.
¡Insensatos! La muerte a sus propias locuras debieron.
Se comieron las vacas del Sol, Hijo de las Alturas,
que apartó de sus vidas el día feliz del retorno.
- 10 Diosa, hija de Zeus, cuéntanos parte de sus andanzas.
Ya en sus casas se hallaban los héroes que habían podido
evitarse la muerte, escapar de la guerra y las olas,
y anhelando el regreso y la esposa, tan solo él quedaba;
lo tenía en su gruta la ninfa Calipso, la augusta,
15 pues la diosa divina quería que fuera su esposo.
Mas, al fin, cuando hubieron cerrado sus ciclos los años,
llegó el tiempo que, para el regreso a su patria, a Ítaca,
decretaron los dioses; empero, ni en ella ni en brazos
de los suyos debían cesar sus trabajos. Los dioses
- 20 le tenían piedad, pero no Poseidón que sentía
21 ira contra el divino Odiseo hasta verlo en su tierra.

De la misma manera que el comienzo de la *Ilíada*, los primeros versos de la *Odisea*, aparte de ser simbólicos, dan una panorámica general del argumento del poema, cuyo protagonista aparece desde el primer momento, aun sin ser nombrado: como la cólera de Aquiles era la primera palabra de la *Ilíada*, así el “hombre” (ἄνδρα) es lo que debe cantar la Musa, a Odiseo. De nuevo tenemos la invocación a la Musa, aquí repetida dos veces, en los versos 1 y 10.

El comienzo de la obra también sirve para conectar temporal y argumentalmente con la guerra de Troya, que ya ha concluido, y de la que están volviendo los héroes aqueos que han sobrevivido; Odiseo es el único que no ha regresado a su patria, la isla de Ítaca, en la que lo esperan su esposa Penélope y su hijo Telémaco. Los primeros versos además nos definen rápidamente al protagonista del poema, cuya característica principal es la astucia; la palabra que el texto griego utiliza es *polytron* (πολύτροπος), literalmente “de muchos caminos”. Nos aparece pues claramente distinto a Aquiles, pues mientras a aquel la cólera y el odio le dejaban tan solo un camino, el de la *hybris* y la destrucción, Odiseo tiene ante sí diferentes opciones en las que medita antes de actuar; su carácter es marcadamente reflexivo y racional frente al impetuoso Aquiles.

Por último estos primeros versos también delinean ciertos aspectos del argumento de la *Odisea*, como el episodio de las vacas del Sol, el odio que Poseidón le tiene a Odiseo, o caso de la ninfa Calipso que lo retiene junto a ella.

1.1.2.2. *Od. IX* 287-291, 343-355, 362-383 (Alsina, 1980: 141-143)

- 287 Dije, y no respondió, mas con un corazón implacable,
levantóse de un salto y, echando a mis hombres la mano,
agarró a dos de ellos, como a unos cachorros, y a tierra
290 los lanzó; y su cerebro saltó y salpicó todo el suelo.
291 Y sus miembros cortó y preparose con ellos la cena.
[...]
343 Cuando, dándose prisa, logró terminar sus quehaceres,
agarró por los pies a otros dos y dispuso su cena.
345 Y llegándose al Cíclope entonces le hablé de este modo,
sosteniendo en mis manos un cuenco de vino muy negro:
-Bebe, Cíclope, vino después de comer carne humana
y sabrás qué bebida guardábase en nuestro navío.

- 350 Esta es la libación que te traje por si te apiadabas
 y me enviabas a casa, mas insopportable te airaste.
 ¡Miserable! ¿Podrá en lo futuro venir algún hombre
 de los muchos que existen si de esta manera procedes?
Dije así, lo tomó y lo bebió y le gustó de tal modo
 aquel vino tan dulce que más me pidió todavía:
355 -Dame más, buenamente, mas dime tu nombre en seguida...
 [...]
362 Cuando vi que la mente del Cíclope estaba enturbiándose,
 le hablé entonces con estas suaves palabras, diciendo:
 -¿Saber quieres mi nombre famoso? Pues voy a decírtelo.
365 Pero dame el presente de huésped que me has prometido.
 Pues bien, Nadie es mi nombre; así me llaman mi madre
 y mi padre y los compañeros que traigo conmigo.
Así hablé, y respondíome con un corazón implacable:
 -Será Nadie el que en último término habré de comerme;
370 comeré a sus amigos primero, y el don será este.
Dijo, echose hacia atrás y cayose de espaldas, y, echado,
 inclinó el ancho cuello, y el sueño, que todo lo vence,
 lo rindió, y de la boca salíale el vino y pedazos
 de los hombres comidos y como un borracho eructaba.
375 Y yo entonces metí en el rescoldo abundante la estaca
 para que calentárase, hablando a mis hombres de modo
 que animáranse y nadie, asustado, dejase la empresa.
 Cuando el palo de olivo, a pesar de ser verde, quería
 encenderse, y lanzaba un fulgor intensísimo en torno,
380 lo squé de las llamas corrí presuroso y rodeáronme
 mis amigos, y un dios nos dio a todos la audacia precisa.
 Levantaron el palo e hincaron la punta en el ojo,
383 y yo, echándome encima, empecé, por arriba, a girarlo...

El episodio del Cíclope, aquí resumido en tres fragmentos, es un buen ejemplo de todas las aventuras que vive Odiseo y refleja el carácter más narrativo y novelesco, casi

folclórico (Cuartero Iborra, 1996: 113), de la *Odisea* frente a la *Ilíada*, más épica, guerrera y legendaria.

Para empezar hay que aclarar que el suceso lo narra Odiseo en primera persona, y que se enmarca en la larga exposición que hace este de su viaje en la corte de los feacios y que ocupa desde el canto IX al XII, estos incluidos. En ella Odiseo habla de numerosos seres increíbles, como los lotófagos, los lestrigones, Circe, las Sirenas, o los monstruos Escila y Caribdis, así como de su viaje al inframundo.

En este episodio Odiseo llega con sus compañeros a la isla de los Cíclopes, gigantes de un solo ojo que viven en cuevas sin leyes ni instituciones; acaban en la cueva de uno, donde este, en vez de mostrar la hospitalidad debida a sus huéspedes (y sagrada a los griegos), los comienza a devorar. Nuestro héroe piensa un plan para poder escapar de la cueva y salvar a sus amigos: emborrachar al gigante con vino de Ísmaro, tan fuerte que, según ha dicho antes el mismo Odiseo, se debe mezclar con 20 partes de agua por cada una de vino. El cíclope cae dormido, y el héroe y sus compañeros aprovechan para clavarle en su único ojo una rama de olivo puesta al fuego, cegándole.

Es importante la estratagema del protagonista cuando el gigante le pregunta por su nombre y este responde que se llama “Nadie”; cuando el Cíclope pide a gritos ayuda a sus vecinos (parte que no se reproduce aquí por no extenderse demasiado), les dice “Nadie, amigos, me mata engañándome”, a lo que ellos responden riéndose. Cegado, intenta tapar la salida de la cueva, pero Odiseo y sus compañeros consiguen escapar agarrados a las lanas del vientre de los carneros del Cíclope.

1.1.2.3. *Od. XXXII* 205 (Alsina, 1980: 373-374)

- 205 Dijo, y ella sintió vacilar corazón y rodillas
cuando reconoció las señales que daba Odiseo,
y se puso a llorar y corrió velozmente a su encuentro,
le echó al cuello los brazos, besó su cabeza, y le dijo:
-¡No te enojes conmigo, Odiseo, tú, el más avisado
210 de los hombres! Los dioses nos dieron la desaventura;
no quisieron que la mocedad los dos juntos gozáramos,
ni que juntos llegáramos ante el umbral de ser viejos.
Pero ya no te enfades conmigo ni te encolerices
si al momento de verte no te acaricié como ahora.

215 Porque mi ánimo dentro del pecho sintió siempre el miedo
de que un hombre viniese a engañarme con buenas palabras,
pues son muchos los que han meditado perversos ardides.
¡Ay, Helena la argiva, la hija de Zeus, no se hubiera
en amor ni el lecho reunido jamás con un hombre
220 si ella hubiese sabido que los belicosos aqueos
a su casa y su tierra paterna la habrían llevado!
Algún dios la incitó a ejecutar esa acción vergonzosa,
que, antes, nunca pensó cometer semejante locura
de la cual, para ti y para mí, nos nació la desgracia.
225 Pero como me has dado las claras señales que tiene
nuestro lecho, que nunca fue visto por otros mortales
que no fuéramos tú y yo, además de una sierva tan solo,
Áctoris, que mi padre me dio cuando vine a esta casa,
y custodia la puerta de nuestra muy sólida alcoba,
230 me conveces en mi corazón, aunque ya él nada siente.
Así dijo, y en él fue creciendo un deseo de llanto,
232 y lloraba abrazado a su fiel y amadísima esposa...

La guerra de Troya dura diez años, y otros diez años tarda Odiseo en regresar a Ítaca: son veinte largos años pues los que su esposa Penélope lleva esperándole. Cuando por fin vuelve a su palacio y da muerte a sus pretendientes, que la humillaban a ella y a su hijo y dilapidaban los ganados del rey, ella no puede creérselo y se muestra fría ante quien los demás consideran su esposo. Para cerciorarse de la identidad de Odiseo le prepara una prueba, y le dice que ya ha mandado que vuelvan a colocar en su lugar el lecho de matrimonio, ante lo que él contesta que no es posible moverlo ya que lo construyó el mismo a partir de un olivo. Es en este momento cuando Penélope por fin se convence de la identidad de su esposo y corre a abrazarlo.

La mujer ocupa un papel ciertamente minoritario en los poemas homéricos, especialmente en la *Ilíada*, donde apenas se oye la voz de mujeres (Helena, Andrómaca, Hécuba y Briseida), exceptuando a las diosas (que participan tanto en las asambleas del Olimpo como en el campo de batalla). Poco sitio hay para el género femenino en la guerra, y de guerra habla la *Ilíada*; en cambio la Odisea deja paso a escenas más cotidianas donde la mujer adquiere un papel más consistente, como puede ser el episodio de la princesa

Nausicaa, que al ir a lavar la ropa al río con sus sirvientas encuentra a Odiseo en andrajos tras haber sobrevivido a un naufragio.

Penélope es el ejemplo de mujer virtuosa y fiel dentro de la moral tanto homérica como griega en general; espera pacientemente en su casa a que vuelva su marido de la guerra, y pese a los años que este tarda en volver (en los que él no tiene reparo en tener relaciones con Calipso y Circe), ella rechaza todas las propuestas de matrimonio.

Por último, cabe destacar la ya comentada concepción de la voluntad humana, en este caso en el sentido de culpa y responsabilidad: ¿qué culpa pudo tener Helena de irse con Paris y causar así la guerra de Troya, si tal decisión la tomó una divinidad por ella? Son los dioses los que deciden todo, incluidos los 20 años que la fiel Penélope lleva esperando a su marido, como ella misma confirma en los versos 210-212.

1.2. Hesíodo

1.2.1. *Teogonía*

1.2.1.1. Hes. *Th.* 116-138, 453-467 (Pérez Jiménez y Martínez Díez, 1978: 76-77, 91-92)

116 En primer lugar existió el Caos. Después Gea la de amplio pecho, sede siempre segura de todos los Inmortales que habitan la nevada cumbre del Olimpo. [En el fondo de la tierra de anchos caminos existió el tenebroso Tártaro.] Por 120 último, Eros, el más hermoso entre los dioses inmortales, que afloja los miembros y cautiva de todos los dioses y todos los hombres el corazón y la sensata voluntad en sus pechos.

Del Caos surgieron Érebo y la negra Noche. De la Noche a su vez nacieron el 125 Éter y el Día, a los que alumbró preñada en contacto amoroso con Érebo.

Gea alumbró primero al estrellado Urano con sus mismas proporciones, para que la contuviera por todas partes y poder ser así sede siempre segura para los felices dioses. También dio a luz a las grandes Montañas, deliciosa morada de 130 diosas, las Ninfas que habitan en los boscosos montes. Ella igualmente parió al estéril piélago de agitadas olas, el Ponto, sin mediar el grato comercio.

Luego, acostada con Urano, alumbró a Océano de profundas corrientes, a Ceo, 135 a Crío, a Hiperión, a Jápeto, a Tea, a Rea, a Temis, a Mnemósine, a Febe de aurea corona y a la amable Tetis. Después de ellos nació el más joven, Cronos,

138 de mente retorcida, el más terrible de los hijos y se llenó de un intenso odio hacia su padre.

[...]

453 Rea, entregada a Cronos, tuvo famosos hijos: Histia, Hera de áureas sandalias, 455 el poderoso Hades que reside bajo la tierra con implacable corazón, el resonante Ennosigeo y el prudente Zeus, padre de dioses y hombres, por cuyo trueno tiembla la anchurosa tierra. A los primeros se los tragó el poderoso 460 Cronos según iban viniendo a sus rodillas desde el sagrado vientre de su madre, conduciéndose así para que ningún otro de los ilustres descendientes de Urano tuviera dignidad real entre los Inmortales. Pues sabía por Gea y el estrellado Urano que era su destino sucumbir a manos de su propio hijo, por 465 poderoso que fuera, víctima de los planes del gran Zeus. Por ello no tenía 467 descuidada la vigilancia, sino que, siempre al acecho, se iba tragando a sus hijos; y Rea sufría terriblemente.

La *Teogonía* de Hesíodo es, como su nombre indica (*θεο- theo-*, “de los dioses”, -γονία *-gonía*, “nacimiento”), una genealogía de las divinidades del panteón griego. En este sentido cualquier pasaje puede resultar interesante para ilustrar la conocida mitología griega en uno de sus textos fundacionales y más antiguos; este primer fragmento supone una Cosmogonía, un “nacimiento” o creación del mundo (*κόσμος, cosmos*) a manos de las divinidades primordiales: el Caos, Gea (la Tierra) y Eros (el Amor, como fuerza cósmica que une a los elementos para crear). El Caos da origen a Érebo y a la Noche, hermanos y esposos que unidos dan lugar al Éter y al Día; Gea alumbría a Urano (el Cielo), y madre e hijo se unen para crear las Montañas, a Pontos (el Mar), las Ninfas, y una docena de divinidades llamadas titanes. Los titanes, agrupados en seis parejas de varón y hembra, dan lugar a su vez a una gran cantidad de dioses, siendo la pareja más importante la formada por Cronos y Rea, cuyos hijos pertenecen a la generación de dioses olímpicos. Son estos tres hembras (Histia/Hestia, Hera y Deméter, que aquí no es nombrada) y tres varones (Hades, Poseidón [Ennosigeo, “el que commueve la tierra”] y Zeus).

La primera parte es interesante de comparar con otros mitos cosmogónicos: las divinidades primordiales de la Tierra y del Cielo, que en Grecia eran madre e hijo, son una pareja de hermanos y a la vez esposos tanto en Mesopotamia (Ki y An) como en Egipto (Geb y Nut), y de la descendencia de ambas parejas proceden el resto de dioses, como en Grecia. El cielo, la tierra, la luz, la oscuridad, el día y la noche son elementos

primordiales que aparecen incluso en el contexto monoteísta hebreo, en el relato de la creación del *Génesis*.

Aunque el texto no los incluye, los fragmentos acaban con referencias a dos mitos: aquel en el que Cronos castra a su padre Urano porque este impide a Gea parir (del miembro amputado de Urano caído al mar nacerá Afrodita), y el que narra cómo Cronos devora a sus propios hijos salvo a Zeus, al que Rea salva, y cómo Zeus, tras crecer, le obliga a vomitarlos. En estos fragmentos Hesíodo nos cuenta mitos de creación del mundo y de los diferentes linajes divinos, así como las luchas generacionales que enfrentan a padre contra hijo; el proceso que comienza con el Caos, el desorden original, acaba con el orden universal y la justicia divina que el gobierno de Zeus supone (Cuartero Iborra, 1996: 128).

1.2.1.2. Hes. *Th.* 886-929, 938-944 (Pérez Jiménez y Martínez Díez, 1978: 109-11)

- 886 Zeus rey de dioses tomó como primera esposa a Metis, la más sabia de los dioses y hombres mortales. Mas cuando ya faltaba poco para que naciera la
- 890 diosa Atenea de ojos glaucos, engañando astutamente su espíritu con ladinas palabras, Zeus se la tragó por indicación de Gea y del estrellado Urano. Así se lo aconsejaron ambos para que ningún otro de los dioses sempiternos tuviera la dignidad real en lugar de Zeus.
- 895 Pues estaba decretado que nacieran de ella hijos muy prudentes: primero, la doncella de ojos glaucos Tritogenia que iguala a su padre en coraje y sabia decisión; y luego, era de esperar que naciera un hijo rey de dioses y hombres
- 900 con arrogante corazón. Pero Zeus se la tragó antes para que la diosa le avisara siempre de lo bueno y lo malo.
- En segundo lugar, se llevó a la brillante Temis que parió a las Horas, Eunomía, Dike y la floreciente Eirene, las cuales protegen las cosechas de los hombres
- 905 mortales, y a las Moiras, a quienes Zeus otorgó la mayor distinción, a Cloto, Láquesis y Atropo, que conceden a los hombres mortales el ser felices y desgraciados.
- 910 Eurínome, hija del Océano, de encantadora belleza, le dio las tres Gracias de hermosas mejillas, Aglaya, Eufrósine y la deliciosa Talía. [De sus párpados

brota el amor que afloja los miembros cuando miran y bellas son las miradas que lanzan bajo sus cejas.]

Luego subió al lecho de Deméter nutricia de muchos. Esta parió a Perséfone de blancos brazos, a la que Edoneo arrebató del lado de su madre; el prudente Zeus se la concedió.

915 También hizo el amor a Mnemósine de hermosos cabellos y de ella nacieron las nueve Musas de dorada frente a las que encantan las fiestas y el placer del canto.

Leto parió a Apolo y a la flechadora Artemis, prole más deseable que todos 920 los descendientes de Urano, en contacto amoroso con Zeus portador de la égida.

En último lugar tomó por esposa a la floreciente Hera; ésta parió a Hebe, Ares e Iilitía en contacto amoroso con el rey de dioses y hombres.

925 Y él, de su cabeza, dio a luz a Atenea de ojos glaucos, terrible, belicosa, conductora de ejércitos, invencible y augusta, a la que encantan los tumultos, guerras y batallas.

Hera dio a luz, sin trato amoroso -estaba furiosa y enfadada con su esposo-, a 929 Hefesto, que destaca entre todos los descendientes de Urano por la destreza de sus manos.

[...]

938 También con Zeus, la Atlántide Maya parió al ilustre Hermes, heraldo de los Inmortales, subiendo al sagrado lecho.

940 Y la cadmea Sémele, igualmente en trato amoroso con él, dio a luz un ilustre hijo, el muy risueño Dioniso, un inmortal siendo ella mortal. Ahora ambos son dioses.

944 Alcmena parió al fornido Heracles en contacto amoroso con Zeus amontonador de nubes.

En estos fragmentos, prácticamente seguidos, destaca el papel de Zeus como patriarca, como “padre de los dioses y de los hombres”, es decir, como divinidad fecundadora y de gran descendencia. El incesto no es un tabú en estos mitos, ya que vemos a Zeus teniendo relaciones no solo con sus hermanas Hera y Deméter, sino también con sus tíos Temis y Mnemósine, y con sus primas Metis, Eurínome (ambas hijas de Océano y Tetis, hermanas de sus padres) y Leto (hija de Ceo y Febe). Con estas tiene en

varias ocasiones grupos de hijas, como las Horas, las Moiras y las Gracias (tres), o las Musas (nueve); cada grupo tiene un poder o área de influencia asignado colectivamente. Con Leto tiene a los mellizos Apolo y Ártemis, dioses cazadores y armados con arco asociados con el Sol y la Luna respectivamente; mientras que con Deméter tiene una sola hija, Perséfone que es raptada por su propio tío (el hermano de Zeus y Deméter) Hades (Edoneo en el texto).

Zeus, consciente de cómo su padre Cronos derrocó a su abuelo Urano y de cómo él mismo ha derrocado al primero, no quiere que la historia se vuelva a repetir; por ello, y ante la profecía de que Metis pariría de él un “hijo rey de dioses y hombres” (epíteto del mismo Zeus), decide tragársela cuando aún está embarazada. Así, ya después de haberse casado con su hermana Hera, da a luz a través de su cabeza a Atenea; Hera, celosa, da luz por su cuenta (“sin el grato comercio”, es decir, sin acostarse con Zeus) a Hefesto. En otras versiones del mito, es el propio Hefesto el que le abre la cabeza a Zeus con su hacha para que salga Atenea.

Debido a la compleja genealogía de personajes divinos que suponen los dos textos propuestos de la Teogonía, sería conveniente realizar un árbol genealógico con las principales divinidades del panteón griego; aunque la solución podría añadir más complejidad al problema debido a los continuos cruces entre generaciones, por lo que quizás es más útil organizar a los dioses más relevantes precisamente en capas diferentes según su generación:

Divinidades primordiales

Caos	Eros	Gea
Érebo- -Noche		Urano
Éter	Día	
<u>Titanes y titánides</u>		
Tetis- -Océano	Tea- -Hiperión	Febe- -Ceo
Clímene- -Jápeto	Rea- -Cronos	Temis
		Crío

Generación olímpica

(Rea)- -(Cronos)				
Hestia	Deméter	Hera- -Zeus	Poseidón	Hades
Perséfone	Hefesto	Ares	Atenea	

Por último es necesario agrupar a los doce dioses olímpicos, que no coinciden exactamente con la generación olímpica: Hades y Perséfone, al ser dioses del inframundo, no habitan en el monte Olimpo, y Hestia, diosa del hogar, cede su puesto a Dioniso. Los otros cuatro puestos los ocupan tres hijos de Zeus (Apolo, Ártemis y Hermes) y Afrodita.

<u>Dioses olímpicos</u>					
Zeus	Hera	Poseidón	Deméter	Apolo	Ártemis
Atenea	Hefesto	Ares	Afrodita	Hermes	Dioniso

1.2.2. *Trabajos y días*

1.2.2.1. Hes. *Op.* 47-52, 60-69, 90-95 (Pérez Jiménez y Martínez

Díez, 1978: 125-127)

- 47 Pero Zeus lo escondió [el fuego] irritado en su corazón por las burlas de que
le hizo objeto el astuto Prometeo; por ello entonces urdió lamentables
50 inquietudes para los hombres y ocultó el fuego. Mas he aquí que el buen hijo
de Jápeto lo robó al providente Zeus para bien de los hombres en el hueco de
52 una cañaheja a escondidas de Zeus que se goza con el rayo.
[...]
- 60 [Zeus] ordenó al muy ilustre Hefesto mezclar cuanto antes tierra con agua,
infundirle voz y vida humana y hacer una linda y encantadora figura de
doncella semejante en rostro a las diosas inmortales. Luego encargó a Atenea
65 que le enseñara sus labores, a tejer la tela de finos encajes. A la dorada Afrodita
le mandó rodear su cabeza de gracia, irresistible sensualidad y halagos
69 cautivadores; y a Hermes, el mensajero Argifonte, le encargó dotarle de una
mente cínica y un carácter voluble.
[...]
- 90 En efecto, antes vivían sobre la tierra las tribus de hombres libres de males, y
exentas de la dura fatiga y las enfermedades que acarrean la muerte a los
hombres. Pero aquella mujer, al quitar con sus manos la enorme tapa de una
95 jarra los dejó diseminarse y procuró a los hombres lamentables inquietudes.

Estos fragmentos de los *Trabajos y días* de Hesíodo resumen uno de los mitos más conocidos de la mitología griega: el de Prometeo y la caja de Pandora. Prometeo, hijo de los titanes Jápeto y Clímene, es un titán protector de los hombres, y decide ayudarlos robando el fuego que tenían escondidos los dioses; el fuego es visto aquí como un

importante elemento civilizador, ya que permite cocinar los alimentos y fundir metales para la fabricación de armas e instrumentos. Zeus castiga a Prometeo encadenándolo al Cáucaso, donde cada día un águila le desgarra el hígado, que le vuelve a crecer cada noche.

Lo que importa aquí no es el castigo de Prometeo, sino el que recibe la humanidad, y ese castigo es la mujer. Se sobreentiende que antes de este suceso los hombres vivían sin mujeres, sin enfermedades ni desgracias; Zeus entonces manda a Hefesto y a sus hijos que creen una figura, que le den vida y que le enseñen las labores de la casa, la sensualidad y el carácter voluble (características que tanto en la mentalidad griega arcaica como en otras muchas culturas patriarcales definen a la mujer). Esta primera mujer es Pandora, y es enviada por Zeus a Epimeteo (el hermano de Prometeo, no tan astuto como él), y ella, al abrir una “jarra” que le dio Zeus (y que ha quedado en la posteridad como una caja), deja salir todos los males que acechan a la humanidad.

Interesante es de nuevo comparar este mito con el relato bíblico de la creación de la mujer: ambas culturas (la griega y la hebrea) consideran a la mujer como algo posterior y complementario al hombre, y plasman esa concepción en sus relatos cosmológicos. Mientras en Grecia la mujer es creada como castigo para los hombres, Yahvé crea a Eva como compañera de Adán, aunque en ambos casos la mujer es la causante de los males de la humanidad. Además, Hefesto crea a Pandora mezclando “tierra y agua” e “infundiéndole voz y vida”, de forma muy similar a cómo Yahvé había creado a Adán. Estas comparaciones ayudan a situar la mitología griega fuera de la burbuja, en un contexto mediterráneo multicultural, en el que las influencias van en varias direcciones y cuyos parecidos son sorprendentes.

El mito de Pandora, junto al de las Edades (en el que se narra la degeneración del mundo a través del paso de diferentes épocas, cada una peor que la anterior), sitúan los *Trabajos y Días* en una concepción pesimista de la vida que caracterizará a la Grecia arcaica (Cuartero Iborra, 1996:128).

2. Poesía lírica

2.1. Yambo

2.1.1. Arquíloco

2.1.1.1. Archil. 1, 5 (Suárez de la Torre, 2002: 113, 115-116)

1 Yo soy un servidor del soberano Enialio
y de las Musas conozco el don ansiado.

5 Algún sayo se envanece con mi escudo; aquél que, junto a un arbusto,
arma intachable, abandoné mal de mi grado.

Mas yo me salvé. ¿Qué me importa aquel escudo?

¡Que se pudra! De nuevo lograré otro no peor.

Del poeta arcaico Arquíloco se han seleccionado estos cuatro fragmentos por su buena conservación (la mayoría de sus poesías que nos han llegado lo han hecho de forma muy fragmentaria: esto puede dar pie a explicar la complicada historia de la transmisión de los textos antiguos) y porque expresan de manera clara la personalidad que le atribuimos. Se suele considerar que Arquíloco es el primer poeta que habla con un “yo” realmente independiente, respecto a Homero y Hesíodo que nos hablan de “ellos”, de los héroes y dioses del pasado; con ese “yo soy” (*eimì d'egó, εἰμὶ δ'εγώ...*) comienza el primer fragmento elegido. En este, el autor delimita su doble condición de soldado y poeta: por un lado es “servidor del soberano Enialio”, un nombre de Ares, el dios de la guerra, y como servidor de este dios lucha en calidad de soldado; pero por el otro lado también conoce “el don ansiado de las Musas”, el regalo de la inspiración poética.

El segundo fragmento (5) sitúa a nuestro poeta lejos de la moral heroica del honor propia de los poemas homéricos. Se conoce la frase que las espartanas decían a sus maridos cuando estos iban a la guerra: “vuelve con tu escudo o sobre él”, es decir, muerto; la idea que subyace a la frase y que es extrapolable al resto de Grecia es el deshonor que conlleva abandonar el escudo en el campo de batalla para salvar la propia vida. Esto es precisamente lo que Arquíloco ha hecho por lo que nos cuenta, y sabe que un sayo (poblador de una región de Tracia, en el norte de Grecia) lo ha cogido y se vanagloria de él; el poeta rechaza esta moral y proclama orgulloso que lo importante es que salvó su vida, y que puede comprarse otro escudo incluso mejor.

2.1.1.2. Archil. 114, 188 (Suárez de la Torre, 2002: 146-147, 167-168)

- 114 No me gusta el general corpulento o que a zancadas camina
o que presume de rizos o cuida su afeitado.
El mío ha de ser menudo, que en sus canillas se aprecie que es zambo,
plantado firmemente sobre sus pies, lleno de valor.
- 188 Ya no conservas como antes la delicada flor de tu piel,
pues ya se te está secando el surco y en ti hace presa
[el rigor] de la maldita vejez. De tu rostro, que el deseo despertaba,
se fue ya el dulce encanto. ¡Cuántos embates has debido de padecer
de los vientos invernales! ¡Con cuánta frecuencia...!

En el tercer fragmento (114) vemos al soldado opinando sobre sus superiores. A Arquíloco no le gustaban los oficiales presumidos, altos y corpulentos, coquetos con su pelo y su barba: él sabe que el aspecto exterior no implica nada, y que un general bajito y con las piernas torcidas puede ser tan valiente y fuerte como cualquier otro. Aquí el poeta se distancia de la idea aristocrática del *calós cagathós* (καλὸς κἀγαθός, “bello y bueno”), por la que la virtud estética y espiritual tienden a coincidir, de manera que las personas hermosas son “buenas” (también en el sentido de “buen guerrero”) y las feas “malas”.

El último fragmento (188) refleja mejor que ningún otro la naturaleza original del yambo, que es la del ataque personal, la descalificación del otro, tanto si es un rival político como una antigua amante (lo que parece que es en este caso). Nos ha llegado la historia de que Arquíloco estuvo prometido a una tal Neobule, pero que en el último momento el padre de la joven canceló el matrimonio; tal fuerza tuvieron los yambos del poeta en el que atacaba tanto a Neobule como a su padre, que ambos se ahorcaron por la humillación pública. Más allá de la improbable realidad biográfica detrás de esta leyenda, o de que esta poesía esté dirigida realmente a una mujer que estuvo prometida a Arquíloco, lo cierto es que en ella se puede sentir la fuerza del yambo, la invectiva cruel y violenta que supone decirle a una mujer que antes “el deseo despertaba” que ahora está vieja.

2.2. Elegía

2.2.1. Solón: Sol. 7, 18 (Suárez de la Torre, 2012: 83-84, 85).

7 Pues al pueblo le di tanta recompensa como le basta,
sin mermar ni exagerar la honra merecida;
en cuanto a aquellos que tenían poder y eran admirables por sus riquezas,
también me preocupé de que no fueran víctimas de ninguna indignidad.
Me mantuve firme, protegiéndome por uno y otro flanco
con fuerte escudo contra ambos
y no permití que unos u otros vencieran injustamente.

18 Tan rico es el que tiene mucha plata, oro, campos de tierra rica en trigo,
caballos y mulos, como el que dispone de lo necesario,
gozar de su vientre, sus costados y sus pies,
y de la lozanía de un muchacho y de una mujer,
cuando también llega a alcanzar esto,
y le acompaña el adecuado vigor juvenil.
Eso es la riqueza para los mortales, pues nadie va a la morada de Hades
con todos los bienes que posee en exceso
y ni pagando rescate podría escapar de la muerte ni de las graves
enfermedades ni del avance de la maldita vejez.

El poeta y legislador ateniense Solón fue considerado como uno de los Siete Sabios de Grecia, junto a Tales de Mileto y otros legisladores y tiranos famosos por su sabiduría práctica, aplicada al gobierno de sus ciudades. Solón da una muestra de su labor política en el primer fragmento, en el que alude a las fuertes tensiones que se fueron acumulando a lo largo de la época arcaica entre las clases altas y las bajas. En Atenas, estas últimas se habían visto obligadas a endeudarse hasta el punto de que muchos ciudadanos libres habían caído en la esclavitud para pagar sus deudas, mientras que la aristocracia había acumulado una enorme cantidad de riqueza. En muchas polis griegas estas tensiones habían causado revueltas en las que las oligarquías aristocráticas habían sido sustituidas por tiranías de un solo noble apoyado por el pueblo; Solón evitó (al menos por un tiempo) esta situación a Atenas perdonando la deuda a todos los ciudadanos esclavizados, entre muchas otras medidas políticas, como la división de la ciudadanía no por linaje sino por

producción agraria. Para evitar que los propios atenienses revocaran sus leyes, Solón se exilió diez años de la ciudad, como cuenta Heródoto.

El segundo fragmento refleja bien el contenido habitual de la elegía: el contenido moral, comparable en la actualidad al de proverbios y sentencias, como en este caso “no es más rico el que más tiene, sino el que menos necesita”. Solón distingue la riqueza material de poseer plata, oro, tierras y ganado (la sociedad atenienses era en el siglo VI eminentemente agraria) a la riqueza “suficiente”, el contentarse con lo necesario, que son básicamente la salud (“gozar de su vientre, sus costados y sus pies” y el “vigor juvenil”) y el amor (“la lozanía de un muchacho y una mujer”). Este último punto puede servir para ilustrar las costumbres matrimoniales y sexuales de los griegos. El fragmento acaba de nuevo con la perspectiva pesimista por la que nadie escapa de la enfermedad, la vejez y de la muerte.

2.2.2. Teognis: Thgn. 27-36, 91-92, 237-250 (Suárez de la Torre, 2012: 104-105, 107, 112)

- 27 Pero movido por mis buenos sentimientos hacia ti, voy a darte unos consejos, Cirno, como los que yo mismo recibí de nobles personas siendo aún niño.
Sé razonable: no ganes honores, distinciones o riqueza
- 30 mediante actos vergonzosos o inicuos.
Has de saber bien esto y no frecuentes la compañía de los viles;
por el contrario, mantente vinculado siempre a los nobles.
A su lado bebe y come, entre ellos siéntate
y sé grato a aquellos cuyo poder grande es.
- 35 Nobleza del noble aprenderás; mas si con los malos te mezclas,
- 36 echarás a perder la buena índole que ya tengas.
[...]
- 91 El que, para una sola lengua, doble tiene el pensamiento, ese, Cirno,
- 92 es un terrible compañero y es mejor tenerlo como enemigo que como amigo.
[...]
- 237 Yo te he dado alas con las que sobre el mar infinito volarás
y por encima de la tierra entera con facilidad te elevarás;
en todas las casas y banquetes presente estarás,
- 240 puesto en boca de muchos hombres

y con pequeñas flautas de aguda voz deseables jóvenes
te entonarán bellos y sonoros cantos con fino arte;
y cuando te encamines a la mansión de Hades,
de lamentos llena, en las profundidades de la tierra,
245 jamás, ni siquiera muerto, tu fama perderás, sino que los hombres
en ti pensarán y fama imperecedera siempre tendrás,
Cirno; viajarás por la tierra de la Hélade
y hasta las islas, atravesando el mar infértil, poblado de peces,
sin cabalgar a lomos de caballos, porque te conducirán
250 los ilustres dones de las Musas, coronadas de violetas...

Teognis es el poeta arcaico del que más cantidad de obra conservamos: más de 1200 versos, de los que posiblemente una parte no sean suyos. El poeta de Mégara (ciudad cercana a Atenas) dedica buena parte de su obra a dar consejos de tipo moral y de costumbres a Cirno, un joven noble del que está enamorado: así, Teognis ilustra por una parte el contenido didáctico de la elegía, y por otra la naturaleza de las relaciones amorosas que la aristocracia establecía entre un hombre adulto y un adolescente, en la que el mayor enseñaba al joven su papel en la sociedad. El poeta vive en una época en la que surge una nueva clase social de hombres que, sin pertenecer a la nobleza, se han hecho ricos mediante el comercio: la burguesía urbana; estos, como en tantas épocas, intentan imitar a la aristocracia en su forma de vida, incluido este “amor por los muchachos” considerado por los griegos como un elemento distintivo de la nobleza. Así, muchos de los consejos que Teognis (noble de pura cepa) dedica a su amado tienen que ver con distinguir a los buenos amigos (y posibles amantes) de los malos, falsos e interesados, como en el primer y segundo fragmentos.

El tercero son unos famosos versos de Teognis en los que describe de manera metafórica la inmortalidad poética que le ha dado a su amado Cirno: la fama que tendrá su poesía irá acompañada de la fama del joven, de manera que estará presente en el mar y en la tierra, en casas y banquetes; los versos 204-242 se refieren exactamente al momento en el que hombres y jóvenes canten con acompañamiento musical (pues así era la transmisión de esta poesía) los versos de Teognis. Solón nos avisaba de que la muerte llega a todos, pobres y ricos; Teognis puntualiza: la poesía, los “ilustres dones de las Musas”, puede hacernos inmortales, como la suya ha hecho que sea eterno el nombre de Cirno, nombre que seguimos repitiendo 2500 años después.

2.3. Lírica monódica

2.3.1. Safo: Sapph. 31 (Calvo Martínez, 2009: 59)

1 Me parece semejante a los dioses
el hombre que se sienta frente a ti
y, cerquita, te escucha
mientras hablas con palabras tiernas

5 y ríes dulcemente. ¡Cómo hiela

mi corazón dentro del pecho!

Si un momento te miro

no me viene la voz,

se me quiebra la lengua y enseguida

10 corre bajo mi piel sutil fuego.

No veo con mis ojos nada y los oídos

no dejan de zumbarme.

El sudor se desliza por mi cuerpo y el temblor

se apodera de mí. Más ocre que la grama

15 me torno y siento que ya me falta poco

para morir del todo.

17 Mas hay que soportarlo, que también a un pobre...

La famosa poetisa de Lesbos Safo es sin duda la autora mujer más importante de la literatura griega. Su figura sigue despertando debates y no queda claro cómo hay que interpretar los numerosos pero pequeños fragmentos que la Antigüedad nos ha transmitido de ella. ¿Era Safo homosexual? Muchos de sus fragmentos están dedicados a mujeres jóvenes, como este mismo; esta asociación es la que ha dado su significado a la palabra “lesbiana” (aparte del de “procedente de la isla de Lesbos”). ¿O era bisexual? También tiene poesías dedicadas a hombres, y la leyenda cuenta que se suicidó porque no era correspondida por el joven Faón. Muchos se han preguntado si al dirigirse a muchachas la poetisa pudiera estar asumiendo el punto de vista de un varón. Más allá de lecturas “moralizantes”, los estudios más modernos señalan a que Safo podría dirigir un

thiasos θίασος, o congregación religiosa femenina, en el que su labor era preparar a doncellas de la nobleza para el matrimonio (institución análoga a la descrita antes entre un adulto y un adolescente) (Cuartero Iborra, 1996: 121). No tenemos suficientes datos como para asegurar que las poesías amorosas de Safo responden a una realidad erótica o si son una sublimación del vínculo afectuoso entre maestra y alumna; sin embargo es interesante apuntar que el argumento de la “sublimación” ha sido comúnmente usado por muchos filólogos para negar la evidente naturaleza sexual de las relaciones homoeróticas entre varones en Grecia.

Esta poesía es la segunda más larga conservada de la poetisa, y ni siquiera está completa; puede resultar interesante explicar la historia de la transmisión de este texto, que nos ha llegado a través de un tratado literario griego de la Antigüedad tardía, *Sobre lo sublime*, y cuyos versos han podido ser ordenados gracias a la fiel versión en latín que escribió el poeta romano Catulo. En ella se describe los efectos físicos que tienen el amor y especialmente los celos en el cuerpo del enamorado: falta de voz, calor en la piel, no ver nada, zumbido en los oídos, sudor, temblor y palidez en el rostro, parecen casi síntomas de una enfermedad. Comienza con esta poesía el tópico de la enfermedad de amor, para la que humanidad lleva siglos buscando la cura.

2.3.2. Alceo: Alc. 346/ Anacreonte: Anacr. 72 (Rodríguez Adrados, 1980: 79, 91)

346 1 Bebamos. ¿Por qué esperar a las antorchas? Le queda un dedo al día.

Levanta las grandes copas...

pues el vino dio a los hombres el hijo de Sémele y Zeus

para olvidar sus cuitas. Vierte mezclando una y dos

5 llenas desde los bordes...

72 1 Potrilla tracia, ¿por qué razón
me miras con ojos desdeñosos,
me huyes cruelmente y parecer creer
que no tengo habilidad alguna?

5 Has de saber que podría muy bien
echarte encima el freno,
y, con tomar las riendas, girar te haría

en torno a la meta del estadio.
Mas ahora triscas en los pastizales
10 y retozas y das saltos ligeros,
porque un hábil jinete
12 no tienes que te monte.

Alceo, poeta también de la isla de Lesbos y contemporáneo y amigo de Safo, escribió himnos a los dioses, y cantos de amor y simposiales (para ser cantados en simposios o banquetes), como es el fragmento reproducido. En él el poeta exhorta a sus compañeros a beber para “olvidar sus cuitas”, sus problemas, ya que esa es la función para la que, según él, Dioniso (hijos de Zeus y Sémele) creó el vino. El tema de beber para olvidar está muy relacionado con el del carpe diem, que el romano Horacio hizo famoso; las exhortaciones a vivir el presente y a disfrutar de la vida están sin embargo relacionadas con el ya visto pesimismo arcaico, ya que si hay que vivir la vida es porque esta dura poco y no hay forma de escapar de la muerte

La poesía elegida de Anacreonte, un poeta al que un epigrama adscribe el culto de Eros, Dioniso y las Musas (es decir, el amor, el vino y la poesía, como un *sex, drugs and rock & roll* antiguo), sirve para ilustrar un tópico literario muy común: el que compara a las muchachas y a los muchachos amados por los poetas con potros. La comparación, que como el final de la poesía muestra no surge de la juventud en sí sino del “ser montados”, da lugar a una gran cantidad de metáforas, como el freno, las riendas y el jinete.

3. Poesía dramática

3.1. Tragedia

3.1.1. Esquilo

3.1.1.1. A. A. 1085-1110 (Fernández-Galiano y Perea Morales, 1986: 416-417)

1085 Casandra: ¡Oh Apolo, Apolo! ¡Divinidad de los caminos, mi destructor!
¿Adónde, adónde me has traído? ¿A qué clase de casa?
Corifeo: A la de los Atridas. Si no te das cuenta de ello, yo te lo digo, y no dirás que esto es mentira.

1090 Casandra: ¡Ah, ah! ¡Sí! ¡A una casa que odian los dioses, testigo de innúmeros crímenes en los que se asesinan parientes, se cortan cabezas, a una casa que es matadero de hombres y a un solar empapado de sangre!

Corifeo: La extranjera parece tener buen olfato, como si fuera una perra de caza, y sigue una pista en la que hallará un asesinato.

1095 Casandra: Sí; me baso en estos testimonios: esos niños de corta edad que lloran su degüello y sus carnes asadas devoradas por su propio padre.

Corifeo: Ya conocíamos tu fama como profetisa, pero no andamos buscando adivinos.

1100 Casandra: ¡Dioses! ¿Qué se está preparando? ¿Qué dolor nuevo es este? ¡Desmedido, desmedido crimen se está tramando en este palacio! ¡Crimen insoportable para los amigos, crimen irremediable! ¡Y quien podría ayudar está lejos!

1105 Corifeo: No comprendo nada de esos vaticinios. En cambio, entendí los anteriores: era lo que dice a voces toda la ciudad.

Cassandra: ¡Miserable! ¿Vas a llevar a cabo eso? ¿Después de lavar en el baño al marido que compartía su lecho contigo...? ¿Cómo diré el final? ¡Pronto va a 1110 ocurrir! ¡Extiende su brazo con la mano ansiosa de herir!

Estos versos pertenecen al *Agamenón* de Esquilo, la primera tragedia de la trilogía de la *Orestíada*, la historia de venganza y expiación de Orestes, el hijo de Agamenón y Clitemnestra. En el *Agamenón*, el general aqueo vuelve a su hogar, en Micenas, junto con su botín de guerra: Casandra, la princesa troyana, hija de Príamo y Hécuba y hermana de Héctor y Paris. La joven, sacerdotisa de Apolo, es profetisa, pero fue castigada por el dios de manera que nadie creyera sus vaticinios: su tragedia fue ser consciente durante años de que Troya caería, y que nadie la creyera.

Agamenón vuelve a su hogar sin saber que su esposa, Clitemnestra, ha tomado como amante al primo de él, Egisto, y que juntos preparan asesinarlo a él para tomar el poder y vengarse de que él hubiera sacrificado a su hija Ifigenia para obtener vientos favorables para dirigir su flota a Troya. En la escena presente, el general ha entrado con su esposa en el palacio, y Casandra, paralizada, se queda fuera con el Corifeo (el que dirige el coro, que en esta tragedia está formada por los ancianos de la ciudad de Micenas). La profetisa no solo ve el futuro, sino también el pasado, y está teniendo alucinaciones debido al terrible crimen que se cometió en ese palacio: en él, Atreo (el padre de Agamenón y

Menelao) mató a sus sobrinos, los hijos de su hermano Tiestes (los niños del verso 1095), y se los ofreció en un banquete. Egisto, de hecho, es un hijo que este Tiestes tuvo después de este crimen de su propia hija, a la que violó. Como vemos, la familia entera está manchada por una cadena de crímenes que exigen una venganza posterior; Egisto se prepara para vengar a su padre y sus hermanos, mientras que Clitemnestra quiere vengar a su hija: el asesinato que ambos están a punto de cometer, el de Agamenón, es el que ve Casandra al final del fragmento.

3.1.1.2. A. Ch. 885-930 (Fernández-Galiano y Perea Morales, 1986: 482-485)

885 Clitemnestra: ¿Qué es lo que pasa? ¿Qué gritos son esos que estabas dando por el palacio?

Esclavo: El muerto ha matado al vivo. Te lo aseguro.

Clitemnestra: ¡Ay de mí! He comprendido lo que me has dicho con ese enigma. Mediante engaños perecemos igual que nosotros matamos. ¡Si alguien 890 me diera al punto un hacha homicida! ¡Veamos si vencemos o nos vencen! ¡A tal punto de riesgo hemos llegado!

(Se abre la puerta exterior del palacio. Se ve el cadáver de Egisto. Con la espada ensangrentada en la mano, sale Orestes, seguido de Pílades. El esclavo sale huyendo.)

Orestes: A ti también te estoy buscando. Éste ya tiene suficiente.

Clitemnestra: ¡Ay de mí! ¡Has muerto, amadísimo, valiente Egisto!

895 Orestes: ¿Amas a ese hombre? Pues, entonces vas a yacer en la misma tumba. No temas que vas a abandonar al muerto jamás.

Clitemnestra: ¡Detente, hijo mío! Respeta, niño mío este pecho, en el que, apoyado, te adormecías durante el tiempo que tú mamaste mi leche nutricia.

Orestes: Pílades, ¿qué hago? ¿Debo sentir escrúpulos de matar a mi madre?

900 Pílades: ¿Dónde van a quedar, entonces, esos oráculos de Loxias, vaticinados en su templo, y tu fidelidad a los juramentos? Piensa que es preferible que todos sean enemigos y no los dioses.

Orestes: Tú ganas. Me aconsejas bien. (A Clitemnestra.) Sígueme. Quiero degollarte al lado de ese que, cuando vivía, preferiste a mi padre. ¡Duerme con él, cuando hayas muerto, ya que amas a ese hombre y odias al que debías amar!

- Clitemnestra: Yo te crié y quiero hacerme vieja a tu lado.
- Orestes: ¿Que vas a vivir tú conmigo? ¿Tú? ¿La asesina de mi padre?
- 910 Clitemnestra: Fue la Moira, hijo, la que me indujo a hacerlo.
- Orestes: También ahora la Moira dispuso tu muerte.
- Clitemnestra: ¿No te espantas, hijo, de las maldiciones de tu madre?
- Orestes: ¡No! Porque, después de haberme parido, me arrojaste tú a la desdicha.
- Clitemnestra: No te arrojé. Te envié a la morada de un aliado.
- 915 Orestes: ¡Indignamente fui vendido! ¡Yo, el hijo de un padre libre!
- Clitemnestra: ¿Dónde está, entonces, el precio que por ti cobré?
- Orestes: Siento pudor de echártelo en cara con claridad.
- Clitemnestra: No me lo eches. Y, si no, cuenta también los devaneos de tu padre.
- Orestes: No censures al que se afana, mientras tú permaneces ociosa.
- 920 Clitemnestra: Hijo mío, es un dolor, para la mujer, el estar alejada del marido.
- Orestes: Sí. Pero el esfuerzo del marido la mantiene ociosa en su casa.
- Clitemnestra: Hijo mío, tengo la impresión de que estás dispuesto a matar a tu madre.
- Orestes: ¡Tú —no yo— es quien va a matarte!
- Clitemnestra: ¡Míralo bien! ¡Guárdate de las rencorosas perras, de las vengadoras de tu madre!
- 925 Orestes: ¿Y cómo voy a evitar las de mi padre, si esto lo abandono?
- Clitemnestra: ¡Todo es inútil! ¡Como si me pasara la vida lamentándome junto a una tumba!
- Orestes: El hado de mi padre determina tu muerte.
- Clitemnestra: ¡Ay de mí, que parí y crie una serpiente! ¡Qué certero adivino el terror de mis sueños!
- (Orestes arrastra a Clitemnestra hacia el interior —seguido de Pílades—, mientras dice:)*
- 930 Orestes: ¡Mataste a quien no debías! ¡Sufre ahora lo que no debiera suceder!

Esta potente escena pertenece a las Coéforas, la segunda tragedia de la trilogía. Si en la tragedia anterior Agamenón era asesinado por Clitemnestra y Egisto, en las Coéforas es el turno de Orestes, el hijo de Agamenón y de Clitemnestra, de matar a su madre y al

amante de esta para vengar a su padre: la terrible cadena de crímenes no tiene fin. Orestes, al que su madre envió a ser educado a otra familia tras asesinar a su marido (hecho al que se refieren en los versos 913 y 914), vuelve al principio de la tragedia para ver que su hermana Electra está acompañando al coro de “portadoras de libaciones” (el significado de *Choephóroi*, Χοηφόροι) a llevar ofrendas a la tumba de Agamenón por orden de Clitemnestra: esta ha tenido un sueño en el que una serpiente le muerde el pecho, y pensando que es el alma irritada de su marido, intenta aplacarla con libaciones. (Lo que no sabe es que la serpiente es su propio hijo y que el sueño es premonición, como ella comprende en los versos 928-929). Orestes, que viene con su amigo Pílades, revela su identidad a su hermana Electra y juntos preparan el golpe: Pílades, fingiendo ser un visitante desde la región donde Orestes ha sido educado, anuncia a Egisto ante varios sirvientes que el joven ha muerto en una carrera de caballos. Cuando este se relaja, pensando que ya nadie querrá vengar a Agamenón, es cuando Orestes le da muerte; por eso el esclavo que aparece al principio de nuestro fragmento, que piensa que Orestes ha muerto, anuncia aterrorizado que “el muerto ha matado al vivo” (verso 886).

En la escena vemos la terrible decisión que debe de tomar Orestes llegado a este momento; las dudas lo asaltan, pero su amigo le recuerda el juramento que ha prestado a Apolo (al que llaman Loxias en el texto), por el que se compromete a vengar a su padre. Hasta en dos ocasiones, Clitemnestra lo amenaza con sus “maldiciones” (912) y con “rencorosas perras, las vengadoras de tu madre” (924). Estas perras son las Erinias, divinidades terribles que persiguen a quien ha derramado sangre de su propia estirpe, y tales advertencias no son en vano: al final de la obra, Orestes podrá ver a estas diosas (invisibles a los demás) y deberá salir huyendo, horrorizado. La cadena de sangre solo tendrá fin en la última tragedia de la trilogía, las Euménides, donde Orestes es sometido a juicio y su crimen perdonado.

3.1.2. Sófocles: *S. Ant.* 21-60 (Lasso de la Vega y Alamillo, 1981: 250-251)

21 Antígona: Pues, ¿no ha considerado Creonte a nuestros hermanos, al uno digno de enterramiento y al otro indigno? A Eteocles, según dicen, por considerarle merecedor de ser tratado con justicia y según la costumbre, lo
25 sepultó bajo tierra a fin de que resultara honrado por los muertos de allí abajo. En cuanto al cadáver de Polinices, muerto miserablemente, dicen que, en un edicto a los ciudadanos, ha hecho publicar que nadie le dé sepultura ni le llore, y que le

dejen sin lamentos, sin enterramiento, como grato tesoro para las aves rapaces
30 que avizoran por la satisfacción de cebarse. Dicen que con tales decretos nos
obliga el buen Creonte a ti y a mí —sí, también a mí— y que viene hacia aquí
35 para anunciarlo claramente a quienes no lo sepan. Que el asunto no lo considera
de poca importancia; antes bien, que está prescrito que quien haga algo de esto
reciba muerte por lapidación pública en la ciudad. Así están las cosas, y podrás
mostrar pronto si eres por naturaleza bien nacida, o si, aunque de noble linaje,
eres cobarde.

40 Ismene: ¿Qué ventaja podría sacar yo, oh desdichada, haga lo que haga, si las
cosas están así?

Antígona: Piensa si quieres colaborar y trabajar conmigo.

Ismene: ¿En qué arriesgada empresa? ¿Qué estás tramando?

Antígona: (*Levantando su mano*) Si, junto con esta mano, quieres levantar el
cadáver.

Ismene: ¿Es que proyectas enterrarlo, siendo algo prohibido para la ciudad?

45 Antígona: Pero es mi hermano y el tuyo, aunque tú no quieras. Y, ciertamente,
no voy a ser cogida en delito de traición.

Ismene: ¡Oh temeraria! ¿A pesar de que lo ha prohibido Creonte?

Antígona: No le es posible separarme de los míos.

50 Ismene: ¡Ay de mí! Acuérdate, hermana, cómo se nos perdió nuestro padre,
odiado y deshonrado, tras herirse él mismo por obra de su mano en los dos ojos,
ante las faltas en las que se vio inmerso. Y, a continuación, acuérdate de su madre
y esposa —las dos apelaciones le eran debidas—, que puso fin a su vida de
55 afrentoso modo, con el nudo de unas cuerdas. En tercer lugar, de nuestros
hermanos, que, habiéndose dado muerte los dos mutuamente en un solo día,
cumplieron recíprocamente un destino común con sus propias manos. Y ahora
piensa con cuánto mayor infortunio pereceremos nosotras dos, solas como hemos
60 quedado, si, forzando la ley, transgredimos el decreto o el poder del tirano.

La Antígona de Sófocles cuenta el drama de la heroína que le da nombre, una de las hijas de Edipo. La acción se sitúa tras lo que cuenta la tragedia de Esquilo Los siete contra Tebas: los dos hijos varones de Edipo (y hermanos de Antígona), Polinices y Eteocles, el primero atacando la ciudad de Tebas y el segundo defendiéndola, se han dado muerte el uno al otro en batalla singular. El nuevo rey de Tebas, Creonte, ha ordenado sepultar con

honores a Eteocles por defender su patria, mientras que a Polinices, lo ha condenado postmortem a no ser enterrado, en virtud de haberla traicionado (recuérdese la afrenta de Aquiles al cadáver de Héctor, no dejándolo incinerar). Es más, el tirano amenaza con condenar a ser lapidado aquel que se atreva a enterrar al traidor. En el fragmento reproducido, Antígona se muestra decidida a ignorar las leyes humanas para cumplir con las leyes no escritas y divinas que asignan especialmente a las mujeres el enterrar a los familiares fallecidos. Su hermana, Ismene, se muestra pesimista y sumisa a la orden del rey (versos 44 y 47), y le recuerda las desgracias que ya ha pasado su familia: la maldición de Edipo y el ahorcamiento de Yocasta (que narra el *Edipo Rey*) y la muerte de sus hermanos.

Pero Antígona pone por encima de todo el deber familiar, la ley “natural” frente a la humana, al insistir en el vínculo de sangre que las une a su hermano insepulto (45: “pero es mi hermano y el tuyo”, 48: “no le es posible [a Creonte] separarle de los míos [mi familia]). Cuando en el verso 46 la heroína dice que no será cogida en delito de traición, no se refiere a la traición que supone desobedecer a Creonte, sino a la traición, en su opinión mucho peor, que supondría obedecerle dejando insepulto el cadáver de su hermano.

3.1.3. Eurípides

3.1.3.1. E. *Med.* 1040-1069, 1301-1320 (Medina González y López Férez, 1991: 250-251, 259-260)

- 1040 Medea: ¡Ay, ay!, ¿por qué me miráis con vuestros ojos, hijos? ¿Por qué sonreís, como si fuese vuestra última sonrisa? ¡Ay, ay! ¿Qué voy a hacer? Mi corazón desfallece, cuando veo la brillante mirada de mis hijos. No podría 1045 hacerlo. Adiós a mis anteriores planes. Sacaré a mis hijos de esta tierra. ¿Por qué, por afigir a su a padre con la desgracia de ellos, debo procurarme a mí misma un mal doble? ¡No y no! ¡Adiós a mis planes!
- 1050 Pero, ¿qué es lo que me pasa? ¿Es que deseo ser el hazmerreír, dejando sin castigar a mis enemigos? Tengo que atreverme. ¡Qué cobardía la mía, entregar mi alma a blandos proyectos! Entrad a casa, hijos. A quien la ley divina impida 1055 asistir a mi sacrificio, que actúe como quiera. Mi mano no vacilará.

¡Ay, ay! ¡No, corazón mío, no realices este crimen! ¡Déjalos, desdichada!
¡Ahorra el sacrificio de tus hijos! Aunque no vivan conmigo, me servirán de alegría.

1060 ¡No, por los vengadores subterráneos del Hades! Nunca sucederá que yo entregue a mis hijos a los enemigos para recibir un ultraje. [Es de todo punto necesario que mueran y, puesto que lo es, los mataré yo que les he dado el ser.] Está 1065 completamente decidido y no se puede evitar. Ahora, con la corona sobre su cabeza y vestida con el peplo, la joven reina se está muriendo, estoy segura. Y bien, puesto que me dirijo por el camino más penoso y a ellos los voy a enviar 1069 por uno más penoso aún, deseo despedirme de mis hijos...

[...]

1301 Jasón:...Pero ella no me importa tanto como mis hijos. Aquellos que recibieron el mal le causarán el mal a ella; yo he venido a salvar la vida de mis 1305 hijos, no sea que los parientes les causen algún daño, en venganza del impío crimen de su madre.

Corifeo: ¡Oh desdichado, no sabes a qué punto de tus desgracias has llegado, Jasón! Si lo supieras, no habrías pronunciado estas palabras.

Jasón: ¿Qué sucede? ¿Es que quiere también matarme a mí?

Corifeo: Tus hijos han muerto a manos de su madre.

1310 Jasón: ¡Ay de mí! ¿Qué dices? ¡Cómo me has golpeado de muerte, mujer!

Corifeo: Convéncete de que tus hijos ya no existen.

Jasón: ¿Dónde los ha matado? ¿Dentro o fuera de la casa?

Corifeo: Si abres las puertas, verás el crimen de tus hijos.

Jasón: (*Llamando a gritos a los criados de la casa*) Soltad los cerrojos lo más 1315 pronto posible, criados, quitad las barras, para que pueda ver la doble desgracia, a ellos que están muertos y a ella que recibirá mi castigo.

Medea: (*Aparece Medea en lo alto de la casa sobre un carro tirado por dragones alados con los cadáveres de sus hijos*) ¿Por qué mueves y fuerzas estas puertas, tratando de buscar a los cadáveres y a mí, la autora del crimen? Cesa en 1320 tu esfuerzo. Si necesitas algo de mí, si pretendes algo, dilo, pero nunca me tocarás con tu mano...

La *Medea* de Eurípides relata una de las tantas historias truculentas de la mitología griega. Medea es una bruja oriental, de la Cólquide, de donde el héroe Jasón la trae al

regresar de su viaje buscando el vello de oro. Ambos se hacen amantes y tienen dos hijos; sin embargo, el rey de Corinto, Creonte, le ofrece al famoso héroe la mano de su única hija, la princesa Glauce, y él acepta. Medea, deshonrada y consumida por los celos, planea una terrible venganza: matar a Glauce y a sus propios hijos. Para lo primero, le envía a la joven princesa como regalo un peplo impregnado en una poción que le quema la piel (a lo que hace referencia en los versos 1065-1066), y el rey Creonte, al intentar ayudar a su hija, muere también. Sin embargo, la decisión de matar a sus hijos es demasiado terrible, y Eurípides nos muestra a la hechicera verbalizando sus dudas, movida a la vez tanto por el amor a sus hijos como por el odio a Jasón; al final este último prevalece, y la hechicera lleva a cabo la acción que más podría dolerle.

En el segundo fragmento Jasón llega dispuesto a castigar a Medea por haber dado muerte a su prometida y al padre de esta, ambos anfitriones que los había recibido en su ciudad; teme que los parientes de estos quieran vengarse de la hechicera matando a sus hijos (1303), a lo que la líder del coro de sirvientas comprende que el padre aún no conoce la suerte de sus hijos. Podemos ver aquí un ejemplo de escena típica, en la que un personaje cumple la función de comunicarle la muerte o asesinato de alguien a otro, pues en escena no podían tener lugar homicidios, y los cadáveres solo podían mostrarse después del suceso. La escena acaba con la aparición demoníaca de la hechicera en el tejado de la casa sobre un carro tirado por dragones (recordemos que esto se representaba tal cual en el escenario del teatro), con sus hijos muertos.

3.1.3.2. E. HF 928-952, 962-1000 (Calvo Martínez, 1985: 118-120)

928 Mensajero: ...Mas cuando se disponía a llevar con su diestra el tizón para
930 sumergirlo en el agua lustral, el hijo de Alcmena se quedó sin habla. Como su
padre tardara, los niños le dirigieron sus miradas. Heracles ya no era el mismo:
alterado en el movimiento de sus ojos y dejando ver en ellos las raíces
935 enrojecidas, arrojaba espuma sobre su barba bien poblada. Y dijo de repente con
risa enloquecida:

«¡Padre, ¿para qué realizar el sacrificio de fuego expiatorio antes de matar a
Euristeo? ¿Para qué tener doble trabajo, cuando puedo de un solo golpe arreglar
940 este asunto? Cuando traiga la cabeza de Euristeo purificaré mis manos también
por la muerte de estos. Derramad el agua, soltad la canastilla de vuestras manos.
¿Quién me entregará el arco, quién el arma de mi mano? Me marcho a Micenas.

945 Necesito palancas y azadones para levantar con el hierro encorvado los cimientos que los Cíclopes ajustaron con la roja plomada y con cinceles.»

Después de esto se puso en camino diciendo que tenía (aunque no lo tenía) un carro; ascendió al carro y golpeaba con la mano como si golpeara con un agujón.

950 A los sirvientes les entró risa y miedo a la vez –se miraban unos a otros-, y uno dijo:

952 « ¿El señor se burla de nosotros o está loco?»

[...]

962 Ya estaba en Micenas, según sus palabras, y gritaba terribles amenazas contra 965 Euristeo. Entonces su padre le tocó el robusto brazo y le dijo: «Hijo, ¿qué te pasa? ¿Qué viaje es este? ¿Es que te ha desquiciado la muerte de estos a los que acabas de matar?»

Pero él, creyendo que es el padre de Euristeo quien le toca el brazo suplicante y 970 tembloroso, lo aparta de sí y prepara el carcaj y el arco contra sus propios hijos creyendo que va a matar a los de Euristeo. Estos, temblando de miedo, se lanzaron cada uno por un lado: uno se refugió tembloroso en el manto de su desdichada madre, otro en la sombra de una columna, otro en el altar, como un pájaro. Su 975 madre le gritaba:

«Oh tú, que los engendraste, ¿qué haces? ¿Vas a matar a tus hijos?»

Y gritaba el anciano y el grupo de servidores.

Entonces Heracles persigue a su hijo en torno a la columna con terrible giro de sus pies y, poniéndose enfrente, le dispara contra el hígado. Y al expirar este 980 empapó boca arriba los zócalos de piedra. Él lanzó un grito de victoria y decía con jactancia: «Este polluelo de Euristeo que acaba de morir ha caído a mis manos en pago del odio que su padre me tiene», y ya disponía rápidamente su arco contra 985 otro, el que se había refugiado tembloroso creyendo esconderse en la base del altar. El desdichado se arrojó apresuradamente a los pies de su padre, levantando sus manos hacia la barba y cuello de éste: «Querido padre –le dice-, no me mates.

990 Soy tuyo, soy tu hijo; no estás matando a uno de Euristeo.» Pero él revolvía sus ojos feroces de Gorgona y -como el niño estaba demasiado cerca de su arco mortífero- imitando en su rostro el gesto de un herrero, dejó caer la clava sobre la rubia cabeza del niño y quebró sus huesos.

995 Ahora que había matado a su segundo hijo, se disponía a lanzarse contra su tercera víctima con intención de degollarlo sobre los otros dos. Mas se le adelantó la desdichada madre, que lo introdujo en el palacio y cerró las puertas. Pero él, como si de los mismos muros ciclópeos se tratara, pica, apalanca los cerrojos,
1000 arranca las puertas y derriba con una sola flecha a madre e hijo...

Este fragmento del *Heracles* de Eurípides muestra las comunes narraciones que realizan mensajeros en las tragedias clásicas. En este caso, el mensajero relata al coro (y a la audiencia) cómo el héroe Heracles ha sido enloquecido y ha matado a su mujer e hijos; lo desquicia la diosa Lisa (la “rabia” perruna) por orden de Hera, esposa de Zeus siempre celosa de los hijos que este ha tenido con sus numerosas amantes (como Alcmena, mencionada en el verso 930 al principio del fragmento). En la tragedia se muestran diversos tipos de locura, y a menudo esta consiste en alucinaciones en las que el loco confunde una persona con otra cosa: así, en las *Bacantes* del mismo Eurípides Ágave, enloquecida por Dioniso, le arranca la cabeza a su propio hijo, el rey de Tebas Penteo, pensando que está cazando a un león; y en el *Áyax* de Sófocles este héroe aqueo, confundido por Atenea, tortura y degüella ovejas y vacas pensando que se lo está haciendo a los generales del ejército. Como vemos, es siempre una divinidad la que causa esta confusión en la psique humana, con un propósito de venganza contra la persona enloquecida.

Aquí Heracles confunde a sus propios hijos con los de su enemigo Euristeo, que le ha arrebatado el trono de Micenas. El mensajero relata cómo el héroe piensa que está realizando un viaje, yendo en carro a saltos por el salón del palacio, ante lo que los sirvientes sienten “risa y miedo a la vez” (950). El loco sufre de megalomanía, al creerse capaz de levantar con su propia fuerza las murallas (“los cimientos que los Cíclopes ajustaron”, 945) de Micenas. Más allá de este fragmento, el héroe se lanza sobre su propio padrastro, Anfitrión, momento en el que la diosa Atenea interviene tirándole una piedra al pecho que lo duerme. Cuando despierte, vuelto en sí, su padre le deberá explicar lo que ha hecho (en una escena muy similar al final de las *Bacantes*, cuando el padre de Ágave le hace volver en sí mientras ella sostiene la cabeza de su hijo).

3.2. Comedia: Aristófanes

3.2.1.1. Ar. *Lys.* 77-144 (Macía Aparicio, 2007: 29-33)

77 Lisístrata: ...Además aquí se nos acerca Lampito. ¡Querida espartana, Lampito, hola! ¡Qué a la vista está tu belleza, encanto! ¡Qué buen color tienes y 80 qué cuerpo despampanante! ¡Hasta podrías estrangular un toro!

Lampito: Lo creo, por los dos dioses: hago gimnasia y levanto los pies hasta la altura del culo.

Cleonica: ¡Qué cosa tan bonita de tetas tienes!

Lampito: Me estás magreando como a una víctima de sacrificio.

85 Lisístrata: ¿Y esa otra jovencita, de dónde es?

Lampito: Es una enviada de Beocia, por los dos dioses, que viene a vosotras.

Lisístrata: Por Zeus, que la Beocia tiene buenos campos.

Cleonica: (*Señalando el sexo depilado de la beocia*) Y por Zeus, que esta ha segado con mucho esmero su campillo.

90 Lisístrata: ¿Y quién es esa otra chica?

Lampito: Una mujer notable, por los dos dioses, y corintia además.

Cleonica: Notable sí que lo es, por Zeus; a la vista está: por este lado y por este otro.

Lampito: ¿Y quién ha convocado entonces esta reunión de mujeres?

95 Lisístrata: Yo misma. Lampito: Explícanos pues qué quieras.

Cleonica: Por Zeus, querida, di de una vez lo que te preocupa.

Lisístrata: Ahora hablaré, pero antes quiero haceros una pregunta muy simple.

Cleonica: La que tú quieras.

100 Lisistrata: ¿No echáis de menos a los padres de vuestros hijos, que están en campaña? Pues bien sé yo que los maridos de todas vosotras están fuera de casa.

Cleonica: El mío, ay de mí, lleva fuera de casa cinco meses: está en Tracia vigilando a Éucrates.

Mirrina: Pues el mío, ocho meses completos en Pilos.

105 Lampito: Y el mío, si alguna vez viene de su regimiento, volando agarra el escudo y se marcha como una exhalación.

Lisistrata: Ni siquiera de amantes ha quedado ni una chispa; y desde que nos traicionaron los milesios no he visto ni un solo consolador de un palmo que nos

110 sirva de ayuda con su cuero. ¿Querríais, pues, si encuentro el modo, ayudarme a terminar con la guerra?

Cleonica: Yo sí, por las dos diosas, aunque tuviera que dejar hoy mismo en prenda esta mantilla... y beberme lo que me dieran por ella.

115 Mirrina: Y yo. Aunque tuviera que entregar la mitad de mí misma, cortándome por en medio como un lenguado.

Lampito: Y yo. Aunque tuviera que subirme al Taigeto, si desde allí he de ver la paz.

120 Lisístrata: Hablaré entonces; no hay que ocultar el plan. Mujeres, si hemos de forzar a nuestros maridos a vivir en paz, hemos de abstenernos...

Cleonica: ¿De qué?

Lisístrata: ¿Lo haréis?

Cleonica: Lo haremos aunque tengamos que morir.

Lisístrata: Pues bien, hemos de abstenernos de la polla. (*Murmullos y gestos de espanto*) ¿Por qué os volvéis? ¿Adónde vais? Vosotras, ¿por qué torcéis el gesto y negáis con la cabeza? ¿Por qué palidecéis? ¿A qué vienen esas lágrimas? ¿Lo haréis o no; qué problema tenéis?

Cleonica: No puedo hacerlo: que siga la guerra.

130 Mirrina: Ni yo: que siga la guerra.

Lisístrata: ¿Eso dices tú, lenguado? Hace un momento estabas dispuesta a dejarte abrir en canal.

135 Cleonica: Cualquier otra cosa. Lo que tú quieras. Dispuesta estoy si hace falta a caminar sobre las brasas; eso mejor que lo de la polla, pues no hay nada como ella, Lisístrata querida.

Lisístrata: ¿Y tú, qué?

Mirrina: Yo también lo de las brasas.

140 Lisístrata: ¡Ay cómo es de calentón todo el género femenino! Con justicia suministramos temas para tragedias, porque siempre le estamos dando vueltas a lo mismo. Pero querida espartana —me basta que tú estés conmigo para salvar aún la empresa—, vota tú a mi favor.

Lampito: Penoso es, por los dos dioses, que las mujeres duerman solas sin un buen cipote al lado, pero sea, que la paz hace mucha falta.

Tras la solemne seriedad y los sangrientos argumentos de la tragedia, la comedia antigua puede ser tanto para el docente como para el alumnado una auténtica ráfaga de aire fresco. Los argumentos absurdos, los chistes verdes y el humor bajo (de “caca pedo culo pis”) típicos de las comedias de Aristófanes pueden hacer reír a cualquiera; este fragmento de la *Lisístrata* es un buen ejemplo de ello. La protagonista de esta comedia, Lisístrata, está harta de la guerra del Peloponeso (recordemos que, mientras la tragedia mira al pasado mitológico y heroico, la comedia está fuertemente vinculada a la realidad histórica, social y política del momento), e invita a representantes de las mujeres de toda Grecia a Atenas para exponerles un plan: realizar una huelga sexual para forzar a los hombres a parar la guerra. En este fragmento vemos la exagerada reacción de las mujeres, que palidecen, lloran, escapan al saber el plan. El lenguaje, tan cargado y solemnemente arcaico en la tragedia, es aquí coloquial y humilde, lleno de dobles sentidos que la traducción con dificultades intenta reflejar. Si además recordamos que en el teatro griego las mujeres no podían ser actrices y que por ello todos los personajes femeninos de esta escena eran representados por hombres intentando imitar una voz y unos gestos femeninos, el resultado debía de ser increíblemente cómico.

Tras muchas embajadas de los hombres y algunas traiciones de mujeres que no pueden aguantar más, los varones claudican y acuden, erectos (demasiado tiempo sin desfogarse), a firmar la paz. No es esta la única comedia en la que Aristófanes trata el tema de la guerra y el de la organización femenina: en *La paz*, un campesino asciende al Olimpo subido a un escarabajo pelotero gigante para liberar a la diosa Eirene (la paz divinizada), retenida por los dioses; y en *La asamblea de las mujeres*, estas se disfrazan de hombres para acceder a la Acrópolis de Atenas y una vez allí toman el poder de la ciudad, instaurando un régimen pseudocomunista. Como vemos, el cómico aprovecha los tópicos de género de su cultura, además de su realidad histórica (varios generales y políticos, tanto atenienses como espartanos, desfilan por sus comedias), para componer sus obras.

3.2.1.2. Ar. Ra. 830-874 (Macía Aparicio, 2007: 273-276)

830 Eurípides: No abandonaré el trono, déjame en paz, pues afirmo que soy muy superior en el arte a este.

Dioniso: Esquilo ¿por qué callas? Ya oyes lo que dice.

Eurípides: Primero se dará aires de hombre importante, como en sus tragedias, contando siempre hechos prodigiosos.

835 Dioniso: Demonio de hombre, no te pases.

Eurípides: Yo me conozco a ese y le tengo calado desde hace tiempo. Un hombre que produce fieras, de presumida lengua, con una boca sin freno, sin dominio y sin puertas, que de todo charla sin apuro, inventor de pomposas palabras.

840 Esquilo: ¿De verdad, hijo de la diosa rústica? ¿Tú, coleccionista de estupideces, poeta de mendigos, remendador de andrajos, vas a venirme con esas? No te va a gustar haber dicho eso.

Dioniso: Calma, Esquilo, y no te abandones a la cólera, calentando tus entrañas con el resentimiento.

845 Esquilo: No lo haré, desde luego, antes de demostrarle claramente a este poeta de cojos cuánto ha sido su atrevimiento, teniendo en cuenta cómo es él.

Dioniso: Un cordero, sacad un cordero negro, esclavos, que se prepara a desencadenarse un tifón.

850 Esquilo: ¡Oh, tú que reuniste monodias de Creta y que diste cabida en tu arte a impíos matrimonios...!

Dioniso: ¡Alto ahí, tú, honorabilísimo Esquilo! Y tú, Eurípides, desgraciado, lárgate y aléjate de la granizada si estás en tus cabales, para que bajo el impulso de la cólera no te sacuda un golpe con una palabra importante y te haga saltar... 855 el Télefo. En cuanto a ti, Esquilo, pregunta y déjate preguntar sin cólera, tranquilo. No está bien que unos poetas se insulten como si fueran panaderas, que tú estás dando gritos como una encina quemada.

860 Eurípides: Estoy listo, y no me desnudo, a morder el primero o a dejar que me muerdan si éste lo prefiere respecto a los versos y las canciones corales, la nervadura de las tragedias. Sí, por Peleo, por Eolo, por Meleagro y hasta por Télefo.

Dioniso: ¿Y tú por tu parte, qué te propones hacer? Di, Esquilo.

865 Esquilo: Desearía no celebrar el concurso en este lugar, porque la lucha entre nosotros sería desigual.

Dioniso: ¿Y eso?

Esquilo: Porque mi poesía no se murió conmigo y, en cambio, la suya sí que murió con él, por lo que tendrá algo que recitar. Sin embargo, puesto que esa es 870 tu opinión, habrá que hacerlo.

Dioniso: Pues que alguien me proporcione fuego e incienso para que haga una plegaria antes de juzgar con la máxima sensibilidad el concurso de vuestras 874 agudezas.

La comedia antigua también está vinculada a la actualidad literaria del momento: y es que un recurso muy común es la parodia consciente de la tragedia. Aristófanes hace que sus personajes imiten el tono elevado y artificial de la tragedia, repitiendo pasajes enteros de tragedias que conocemos y que en el contexto cómico que les da se vuelven risibles. En *Las ranas*, el autor llega al extremo de presentar en escena a dos tragediógrafos, Esquilo y Eurípides, como personajes: representada tras la muerte del Eurípides real, en la comedia el dios Dioniso baja al Hades a traer de vuelta al mejor poeta de tragedias, ya que no quedaba ninguno de calidad vivo. El nombre de la comedia viene del coro de ranas de la laguna Estigia y del río Aqueronte, que el dios cruza en barca con el barquero Caronte.

Al encontrar a los espíritus de Esquilo y Aristófanes, y no ponerse de acuerdo con cuál de los dos fue mejor escritor de tragedias, deciden realizar un concurso en el que el dios hará de árbitro. Aristófanes pone en boca de sus personajes graves insultos, como si fueran “panaderas” (858), mezclados con el estilo grandilocuente de sus tragedias; y ambos se recriminan cuestiones literarias referidas al argumento y al estilo de cada uno. Es interesante pensar que todas estas referencias metaliterarias, que a veces no podemos entender bien porque se refieren a tragedias que no hemos conservado, debían de ser comprendidas tranquilamente por el público, que asistía tanto a tragedias como a comedias.

4. Historiografía

4.1. Heródoto: Hdt. VII 213, 219-220 (Schrader, : 279-280, 285-286)

213 Se encontraba el monarca [de los persas, Jerjes] sin saber qué hacer ante aquel problema, cuando un natural de Mélida, Epialtes, hijo de Euridemo, se entrevistó con él y, en la creencia de que obtendría de Jerjes una importante recompensa, le indicó la existencia del sendero que, a través de la montaña, conduce a las Termopilas, con lo que causó la perdición de los griegos allí apostados.

[...]

219 A los griegos que se hallaban en las Termópilas el primero que les anunció que iban a morir al rayar el día fue el adivino Megistias, pues lo había observado en las entrañas de las víctimas; posteriormente, hubo asimismo unos desertores que les informaron de la maniobra envolvente de los persas (esos sujetos dieron la alarma cuando todavía era de noche); mientras que, en tercer lugar, lo hicieron los vigías, que bajaron corriendo de las cumbres cuando ya alboreaba el día. Los griegos, entonces, estudiaron la situación y sus pareceres discrepan: unos se negaban a abandonar la posición, en tanto que otros se oponían a ese plan. Finalmente, los efectivos griegos se separaron y mientras que unos se retiraron, dispersándose en dirección a sus respectivas ciudades, otros se mostraron dispuestos a quedarse allí con Leónidas.

Se cuenta también que fue el propio Leónidas quien, preocupado ante la 220 posibilidad de que perdiessen la vida, les permitió que se fueran, mientras que a él y a los espartiatas que le acompañaban el honor les impedía abandonar la posición que expresamente habían ido a defender. A título personal, yo suscribo plenamente esa versión, es decir que, cuando Leónidas se percató del desánimo que reinaba entre los aliados y de su nula disposición para compartir con los lacedemonios el peligro, les ordenó que se retiraran, considerando, en cambio, que para él constituía un baldón marcharse; además, si permanecía en su puesto, dejaría una fama gloriosa de su persona y la prosperidad de Esparta no se vería aniquilada.

Heródoto, el “padre de la historia” según Cicerón, nos contó en su vasta obra la historia del mundo desde el origen hasta la época de las guerras médicas (492-478 a.C.) que enfrentaron a los griegos y a los persas y que el autor narra con su peculiar estilo. El fragmento elegido, del libro VII, pertenece al episodio de la famosa batalla de las

Termópilas, en la que 300 espartanos, dirigidos por su rey Leónidas, se enfrentaron honorablemente al enorme ejército persa, y que los estudiantes pueden conocer por una novela gráfica o por una película que se hizo a partir de ella.

En el fragmento se narra primero la traición de Epialtes, el griego que, esperando una recompensa de Jerjes (el rey de los persas), le muestra cómo poder llegar al campamento de los diferentes aliados griegos; la compleja orografía montañosa de la zona hacía que el gran ejército persa solo pudiera continuar su avance hacia el sur por un angosto pasaje situado entre los acantilados y la costa y que los griegos, con muchos menos hombres que los persas, bloqueaban. Epialtes muestra al ejército enemigo un sendero secreto para poder rodear a los griegos y atacarlos por atrás; cuando descubren esto, los aliados se dispersan salvo los espartanos, que por honor a su promesa permanecen apostados en el pasaje. En esta parte vemos un ejemplo de cómo el autor se implica en la narración, añadiendo distintas versiones del mismo evento y opinando (como en este caso) sobre cuál puede ser más verosímil.

4.2. Tucídides: Th. I 1 (Calonge Ruiz y Torres Esbarranch, 1990: 115-119, 164-166)

- 1 1 Tucídides de Atenas escribió la historia de la guerra entre los peloponesios y los atenienses relatando cómo se desarrollaron sus hostilidades, y se puso a ello tan pronto como se declaró, porque pensaba que iba a ser importante y más memorable que las anteriores. Basaba su conjetura en el hecho de que ambos pueblos la emprendían en su mejor momento gracias a sus recursos de todo tipo, y en que veía que los restantes griegos, unos de inmediato y otros disponiéndose 2 a ello, se alineaban en uno u otro bando. Ésta fue, en efecto, la mayor conmoción que haya afectado a los griegos y a buena parte de los bárbaros; alcanzó, por así decirlo, a casi toda la humanidad. Pues los acontecimientos anteriores, y los todavía más antiguos, era imposible, ciertamente, conocerlos con precisión a causa de la distancia del tiempo; pero por los indicios a los que puedo dar crédito cuando indago lo más lejos posible, no creo que ocurriera nada importante ni en lo referente a las guerras ni en lo demás.
- [...]
- 22 3 La investigación ha sido laboriosa porque los testigos no han dado las mismas versiones de los mismos hechos, sino según las simpatías por unos o por otros o 4 según la memoria de cada uno. Tal vez la falta del elemento mítico en la narración

de estos hechos restará encanto a mi obra ante un auditorio, pero si cuantos quieren tener un conocimiento exacto de los hechos del pasado y de los que en el futuro serán iguales o semejantes, de acuerdo con las leyes de la naturaleza humana, si estos la consideran útil, será suficiente. En resumen, mi obra ha sido compuesta como una adquisición para siempre más que como una pieza de concurso para escuchar un momento.

De Tucídides es conveniente leer el principio de su obra, la *Historia de la Guerra del Peloponeso*, porque es un momento programático en el sentido de que expone con claridad cuál es el contenido de su obra, cuándo y por qué la empezó a componer, y razonando por qué piensa que este fuera un evento tan importante. Sobre todo si se le compara con Heródoto, comprenderemos lo moderno que es este autor en su concepción de la historiografía (Cuartero Iborra, 1996: 129): mientras aquel escribía su obra en primera persona (como vimos en el texto anterior, donde daba incluso su opinión), este lo hace en tercera (la traducción es literal), en un claro intento de búsqueda de la mayor objetividad posible. Además, al referirse Tucídides a “los acontecimientos anteriores, y a los todavía más antiguos”, se está refiriendo de hecho al contenido de la obra de Heródoto, que se remonta en la historia hasta los orígenes más remotos, y lo juzga imposible de conocer con precisión por el tiempo pasado. El mismo autor está colocando su obra a la altura de la del “padre de la historia”, y a la vez superándola, pues él se va a ceñir a sucesos históricos inmediatos que él mismo, o sus testigos, han vivido.

En el segundo fragmento, también programático, y después de haber resumido la historia anterior a la guerra, Tucídides se refiere a esos mismos testigos y a cómo sus versiones no coincidían siempre, lo que dificultó la tarea. El autor admite que su obra pueda no ser tan agradable al oyente (recordemos que, pese al avance de la escritura, la cultura a finales del siglo V seguía siendo transmitida principalmente de manera oral, posiblemente leía en voz alta por alguien a un auditorio como el mismo Tucídides señala) debido a su rigor histórico, que no admite mitos y leyendas (como Heródoto hace a menudo). Por último insiste en la importancia del conocimiento del pasado, mencionando una idea interesante: los hechos del futuro serán iguales o semejantes a los del pasado, debido a la naturaleza humana, que se mantiene constante.

4.3. Polibio: Plb. VI 3, 5-4, 13 (Balasch Recort, 1981 : 151-153)

- 3 5 La mayoría de los que quieren instruirnos acerca del tema de las constituciones, casi todos sostienen la existencia de tres tipos de ellas: llaman a una «realeza», a 6 otra «aristocracia» y a la tercera «democracia». Pero creo que sería muy indicado preguntarles si nos proponen estas constituciones como las únicas posibles, o 7 bien, ¡por Zeus!, solamente como las mejores. Me parece que en ambos casos yerran. En efecto, es evidente que debemos considerar óptima la constitución que 8 se integre de las tres características citadas. De ella hemos encontrado una experiencia no teórica, sino práctica cuando Licurgo estructuró la primera 9 constitución de los espartanos, que presentaba estas peculiaridades. Sin embargo, tampoco se puede admitir que sólo existan estas tres variedades: hemos visto constituciones monárquicas y tiránicas que, aunque difieran grandemente de la 10 realeza, parecen que tengan cierta afinidad con ella: de ahí que todos los monarcas 11 mientan y usen del nombre «realeza» mientras les es posible. Han existido también muchas constituciones oligárquicas que parecen tener alguna semejanza 12 con las aristocracias, cuando, por así decir, distan mucho de ellas. Y la misma afirmación es válida para la democracia.
- 4 1, 2 La verdad de lo dicho se demuestra por lo siguiente: no todo gobierno de una sola persona ha de ser clasificado inmediatamente como realeza, sino solo aquel que es aceptado libremente y ejercido más por la razón que por el miedo o la 3 violencia. Tampoco debemos creer que es aristocracia cualquier oligarquía; solo lo es la presidida por hombres muy justos y prudentes, designados por elección.
- 4 Paralelamente, no debemos declarar que hay democracia allí donde la turba sea 5 dueña de hacer y decretar lo que le venga en gana. Solo la hay allí donde es costumbre y tradición ancestral venerar a los dioses, honrar a los padres, reverenciar a los ancianos y obedecer las leyes; estos sistemas, cuando se impone 6 la opinión mayoritaria, deben ser llamados democracias. Hay que afirmar, pues, que existen seis variedades de constituciones: las tres repetidas por todo el mundo, que acabamos de mencionar, y tres que les son afines por naturaleza: la 7 monarquía, la oligarquía y la demagogia. La primera que se forma por un proceso espontáneo y natural es la monarquía, y de ella deriva, por una preparación y una 8 enmienda, la realeza. Pero se deteriora y cae en un mal que le es congénito, me 9 refiero a la tiranía, de cuya disolución nace la aristocracia. Cuando ésta, por su

naturaleza, vira hacia la oligarquía, si las turbas se indignan por las injusticias de sus jefes, nace la democracia. A su vez, la soberbia y el desprecio de las leyes desembocan, con el tiempo, en la demagogia. Se puede constatar clarísimamente la verdad de mis afirmaciones, si nos paramos a pensar en los principios naturales, la génesis y las transformaciones de cada constitución, porque solo quien considera cómo nace cada una de ellas podrá entender también su desarrollo, su culminación, sus transformaciones, su final y cómo, cuándo y de qué manera acontecen. He creído que esta es la manera más adecuada a mi exposición, principalmente en lo que atañe a la constitución romana, porque explica naturalmente, a partir del principio, su estructura y su crecimiento.

Polibio es el autor más tardío que aparece en esta antología: vivió en el siglo II a.C., por lo que cinco siglos lo separan de la puesta por escrito de los poemas homéricos. De este historiador, que ya vivió la hegemonía política de Roma en el Mediterráneo (de hecho, fue llevado como cautivo a la ciudad, y allí llevó a cabo su labor histórica) nos ha quedado una obra fragmentada, pues de los 40 libros de sus Historias mantenemos completos solo los cinco primeros: del resto tenemos resúmenes posteriores o fragmentos, como el aquí presentado, del libro VI. En él Polibio habla de las diferentes “constituciones”, es decir, del tipo de gobierno de los Estados: los tres principales (realeza, aristocracia y democracia) y sus respectivas degeneraciones: monarquía/tiranía, oligarquía y demagogia. Entre estos diferentes sistemas el autor establece una línea temporal, ya que en su opinión de la degeneración o recomposición de cada régimen surge el siguiente; esta teoría tiene el nombre de anacclerosis. Según ella, la primera constitución natural es la monarquía (“Gobierno de uno”), que si es aceptada por el pueblo es llamada “realeza” (¿como una monarquía constitucional?), pero si es ejercida con violencia degenera en tiranía; esta es derrocada por la aristocracia (“el poder de los mejores”), que degenera en oligarquía (“el gobierno de unos pocos”); y ante la injusticia de esta, el pueblo se levanta para instaurar la democracia (“el poder del pueblo”), que por último se corrompe en demagogia (“el hecho de llevar al pueblo”, como a un rebaño).

Toda esta teoría surge en el momento en el que Polibio está analizando la estructura política del Estado romano, y más adelante el historiador declarará que Roma se mantendrá durante siglos debido a que su propia constitución es mixta: monarquía, aristocracia y democracia están integradas en su opinión en las instituciones romanas, respectivamente, del consulado (los cónsules no eran uno, sino dos, y su cargo duraba

solo un año, ambas medidas para contrarrestar su poder y evitar la tiranía), del Senado (la asamblea de los “mejores”, los ancianos patricios) y del tribunado de la plebe (que debía representar las peticiones de los plebeyos).

5. Oratoria

5.1. Lisias: Lys. I 21-24 (Calvo Martínez, 1988: 79-80)

21 En fin, [mi esclava] me relató con detalle todo lo sucedido. Cuando hubo quedado todo dicho, le repliqué: «Cuidado, no vaya a enterarse de esto nadie en absoluto. O si no, no tendrá validez nada de lo que hemos acordado. Te pido que me lo enseñes todo en flagrante; pues yo no preciso palabras, sino que se me muestre 22 claro el hecho, si es que es así.» Ella se comprometió a hacerlo. Conque transcurrieron cuatro o cinco días después de esta conversación como yo os demostraré con pruebas contundentes. Pero primero quiero relataros lo sucedido el último día. Sóstrato es pariente y amigo mío. Encontréme con él después de la puesta del sol, cuando venía del campo. Como yo sabía que si llegaba en ese momento no encontraría en casa a ninguno de sus parientes, lo invité a cenar 23 conmigo. Llegamos a mi casa y subimos a cenar al piso de arriba. Cuando le pareció bien retiróse aquél para marcharse y yo me eché a dormir. Conque entra Eratóstenes [el amante de mi mujer], señores, y la sirvienta me despierta enseguida y me comunica que está dentro. Entonces le dije a esta que se ocupara de la puerta, y bajando en silencio salí y me llevé a casa de fulano y mengano. A unos los encontré en casa y otros me enteré de que no estaban en la ciudad. 24 Tomé conmigo a los más que pude de cuantos se encontraban presentes y me puse en marcha. Tomamos antorchas de la tienda más cercana y entramos, pues la puerta se encontraba abierta y la esclava dispuesta. Cuando empujamos la puerta del dormitorio, los primeros en entrar logramos verlo todavía acostado 25 junto a mi mujer; los últimos, en pie desnudo sobre la cama. Yo, señores, lo derribo de un puñetazo y, mientras llevaba sus brazos hacia atrás y lo ataba, le pregunté por qué me ultrajaba entrando en mi propia casa. Admitió aquél que me 26 agraviaba y me pedía entre súplicas que no lo matara, que le cobrara dinero. Yo le dije: «No soy yo quien te mata, sino la ley de Atenas que tú infringes. La has puesto por debajo de tus placeres, y has preferido cometer tan grande crimen contra 27 mi mujer y mis hijos, en vez de someterte a las leyes y vivir decorosamente.» De

esta forma, señores, recibió aquél exactamente lo que ordenan las leyes que reciban quienes obran así.

Este fragmento pertenece al discurso I de Lisias, el *Discurso de defensa por el asesinato de Eratóstenes*, con el que podemos ilustrar en qué consistía el trabajo de los logógrafos. Lisias era uno de estos profesionales cuya labor era componer los discursos judiciales (para acusar a alguien, o para defenderse de la acusación de alguien) de sus clientes. El cliente de nuestro orador en este caso es Eufileto, que ha sido acusado de asesinar a Eratóstenes, el amante de su mujer. Eufileto no niega lo ocurrido, sino que lo justifica debido a que descubrió a ambos amantes en el acto (como explica en este fragmento) y que actuó conforme a las leyes.

De acuerdo a su labor profesional, Lisias intenta adaptar el lenguaje y el estilo de sus discursos a la edad, condición social y cultural de sus clientes; su objetivo es que el discurso, sea leído o (más probablemente) recitado de memoria por la persona en cuestión, resulte creíble al tribunal. Este sistema surge del hecho de que los acusadores o acusados en un juicio no podían usar a un abogado, sino que tenían que convencer ellos mismos al tribunal de que tenían razón; al tratarse muchos casos de personas humildes y sin formación, podían asistir a los logógrafos (como Lisias) para que escribieran un discurso específicamente para ellos. Gracias a los numerosos discursos que conservamos de este orador, conocemos muchos detalles de la vida cotidiana y privada de los atenienses del siglo IV; y gracias a su arte a la hora de componer el discurso, podemos imaginarnos al pobre Eufileto en esta escena casi cinematográfica.

5.2. Demóstenes: D. VI 1-5 (López Eyre, 1980 : 137-138)

- 1 Cuando tienen lugar discursos, varones atenienses, sobre lo que hace Filipo y sus violaciones de la paz, siempre veo que los discursos en nuestra defensa son manifiestamente justos y humanos y que todos los que acusan a Filipo parecen decir siempre lo que conviene, pero que, valga decirlo así, no se realiza nada de lo que conviene ni de los proyectos en virtud de los cuales merecería la pena
- 2 escuchar esos discursos; antes bien, resulta que los asuntos de la ciudad, en su totalidad, han llegado a un punto tal, que cuanto con mayor intensidad y más a las claras se demuestra que Filipo está violando la paz concluida con vosotros y

tendiendo asechanzas a todos los griegos, tanto más difícil se hace aconsejar qué 3 es lo que hay que hacer.

La causa de ello, varones atenienses, es que, siendo necesario poner barreras de hecho y a base de medidas prácticas, y no con palabras, a todos los que buscan llevar siempre ventaja, en primer lugar, nosotros, los que accedemos a la tribuna, nos abstendremos de hacer propuestas y de aconsejar acerca de esas cuestiones por temor a incurrir en enemistad con vosotros, y, en cambio, discurremos sobre las cosas que hace y lo terribles que son y asuntos similares; en segundo lugar, vosotros, los que estáis ahí sentados, estáis mejor preparados que Filipo para poder pronunciar discursos justos y entender a otro que os hable, pero para poder 4 impedirle aquello en lo que ahora está, os encontráis totalmente inactivos.

Resulta, entonces, en mi opinión, una cosa inevitable y, tal vez, natural: en aquello en lo que cada uno os ocupáis y esforzáis es en lo que cada parte supera a la otra, él, en las acciones, vosotros, en los discursos. Así pues, si también ahora 5 os basta con el discurso más justo, cosa fácil es y ningún trabajo acompaña a esa tarea; pero, si hay que examinar la manera de enderezar la situación presente y de evitar que vaya aún a más sin que nosotros nos enteremos de nada, y que se nos plante enfrente una gran fuerza a la que ni podamos oponernos, no vale la misma forma de deliberar que servía antes, sino que es necesario que todos los que hablan, y los que escuchan, como vosotros, prefieran lo más útil y saludable a lo más fácil y agradable.

Para acabar, he aquí el comienzo de la *Segunda Filípica* de Demóstenes, es decir, el segundo de los cuatro discursos que el orador compuso contra Filipo II, el rey de Macedonia (y padre de Alejandro Magno), cuyas ansias expansionistas amenazaban, según Demóstenes, la libertad de los estados griegos. El estilo del orador es complejo, por lo que habrá que leer lenta y detenidamente el discurso para comprender bien su contenido.

Demóstenes básicamente acusa a los atenienses de pasividad. Reconoce que, siempre que Filipo viola el tratado de paz entre Atenas y Macedonia con hostilidades contra los aliados de la primera, los atenienses dicen “lo que conviene” con “discursos justos y humanos”, pero que luego no hacen “lo que conviene”, oponiendo pues el decir y el hacer, la teoría y la práctica. Hasta tal punto enfrenta el orador los dos conceptos, que señala que quien destaca en uno de ellos carece del otro: así, los atenienses se esfuerzan en realizar

discursos y en ello superan a Filipo, pero este se ocupa de las acciones, las que los atenienses tienen miedo de proponer por miedo a tensiones políticas internas (“temor a incurrir en enemistad con vosotros”, mitad del párrafo 3). El orador ataca así a sus compatriotas que, incluso conscientes como él del peligro que representa el poder militar de Filipo, no se atreven a llevar a cabo acciones prácticas para contrarrestarlo. De nada sirve la belleza formal de los discursos (del género de la oratoria en sí, podríamos decir) sin un contenido real detrás. Él mismo conseguirá superar este problema, cuando consiga crear una alianza entre Atenas y otros estados griegos contra Filipo, pero para entonces será demasiado tarde.

5.3. Isócrates: Isoc. V 122-126 (Guzmán Hermida, 1980: 190-191)

- 122 Corresponde a un hombre ambicioso, amigo de los griegos, y que mire con su pensamiento más lejos que otros, utilizar a estos hombres contra los bárbaros, apropiarse de tanta tierra como antes hemos dicho para liberar a estos que viven como mercenarios, de los males que tienen y causan a otros, para organizar con ellos ciudades, limitar con ellas a Grecia y colocarlas como defensa de todos
- 123 nosotros. Si realizaras esto, no sólo harías felices a aquellos sino que a todos nosotros nos darías la seguridad. Y si fracasaras, al menos conseguirías con facilidad la liberación de las ciudades establecidas en Asia. Pero por lo que puedes hacer o sólo intentar es seguro que serás mejor considerado que otros y
- 134 con justicia, si tú mismo emprendes esto y empujas a los griegos. Porque ahora ¿quién no se admiraría lógica mente por lo sucedido y nos despreciaría porque entre los bárbaros que hemos considerado cobardes, inexpertos en la guerra y corrompidos por el lujo, hayan surgido hombres que pretendieron dominar
- 125 Grecia, mientras que ningún griego ha tenido la ambición de intentar que nosotros fuéramos señores de Asia? No ha sido así, sino que tan lejos de ellos hemos quedado, que los bárbaros no vacilaron en dar ejemplo de su odio contra los griegos, y nosotros, en cambio, ni nos atrevemos a defendernos por los males que sufrimos. Por el contrario, cuando aquellos reconocen que en todas las guerras no
- 126 tienen soldados ni generales ni cosa alguna de utilidad ante los peligros, sino que todo esto lo obtienen de nosotros, tanto deseamos perjudicarnos a nosotros mismos que, cuando podíamos poseer sin reparo sus bienes, luchamos entre nosotros por cosas de poca importancia, les ayudamos a someter a quienes

hicieron defeción del imperio del rey, y nos olvidamos de que, al ayudar algunas veces a nuestros ancestrales enemigos, intentamos destruir a quienes pertenecen a nuestra misma raza.

No todos los atenienses pensaban como Demóstenes. Acabamos nuestra antología con un fragmento del discurso *A Filipo*, compuesto por el orador Isócrates. Este no veía en el rey de Macedonia una amenaza a la libertad de los griegos, sino al caudillo que podría unirlos a todos y atacar y conquistar Asia. Así se lo hace saber en este discurso dirigido a él, en el que lo alaba y le insta a reconciliarse con los griegos para poder llevar a cabo la conquista de Asia (o de, por lo menos, de la península de Anatolia).

Este fragmento pertenece a la última parte del discurso, en la que el orador describe al monarca la gloria y la fama que tales empresas podrían reportarle. Isócrates no cree que los griegos, de por sí, vayan a unirse contra un enemigo común, porque cuando tuvieron la oportunidad de hacerlo (en las guerras médicas), prefirieron mantener sus luchas, llegando algunos estados a aliarse con los persas. Con la frase “luchamos entre nosotros por cosas de poca importancia” resume el orador la mayor parte de los siglos V y IV en Grecia: guerras continúas entre las diferentes ligas y confederaciones de ciudades griegas, capitaneadas por Atenas, Esparta, Tebas y Corinto. Esto avergüenza a Isócrates, convencido de la necesidad de un único Estado panhelénico, es decir, que agrupara a todos los pueblos griegos. Esto fue conseguido finalmente por Filipo, pero la conquista de Asia (desde Anatolia hasta el río Indo) sería llevada a cabo por su hijo Alejandro. A la muerte de este tiene final la época clásica.